

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA

COLECCION DE FOLKLORE

ENTRE RIOS

203

C O L Ó N

Maestro H A I D É E U R Q U I Z A Escuela Nº 33

Fojas 49

OBSERVACIONES

1

Villa Elisa, Colonia Tanguay, Departamento Colón.
Escuela Nacional N.º 35.
País de Uruguay.

Muerte de un cacique charúa.

Los indios en estado de ebriedad avivaron diez hogueras encendidas en torno del cadáver del cacique, tendido sobre un lecho de malezas.

Los indios han colocado entre las manos del muerto el arco y a su lado su lanza, sus macanas y flechas.

Los tribus cuidan que el muerto tenga los pupilos abiertos, con jugos de urucú (planta originaria de América) pintan su cuerpo y rostro.

Las indias se reunen alrededor del muerto y entonan sus cánticos que son una mezcla de alarido y grito.

Los indios empujan a las mujeres que ruedan heridas dando grito lastimero, pero éstas se levantan de nuevo y brotan en su danza frenética y sus cánticos.

Los familiares del muerto, como prueba de dolor, se cortan los dedos con el filo de sus raclias de piedra y quedan en la sombra echados de brazos y dando alarido.

De pronto los indios corren, amenazan, les parece ver en las tinieblas sombras que se acercan al cadáver para cerrar sus ojos y apagarle los jugos.

Los indios se esconden en sus toldos negros y se disparan sus flechas.

FOJA EN BLANCO

ras
ten
mas
as
pilas
do
do
m
van
nt
r, se
his
bues
sae
an
rle
osj

Villa Elisa, Colonia Vazquez, Departamento Colón. 3
Escuela Nacional N.º 33.

Haida Urquiza

Ricardo Rojas (autor)

El Halcón

Vive en la selva un fájaro nocturno que al romper el silencio de las breñas, estremece las almas con su canto. Esa ave tiene una historia; y es la tragedia de su origen la que evoca un grito lastimero, ayeando entre las arboledas tenebrosas.

En época muy remota, dicen las tradiciones indígenas, una pareja de hermanos habitaba un rancho en las selvas. Solos vivían desde la muerte de sus padres, sin que la comunidad de sangre hubiera atenuado las diferencias de sus ~~idiosincrasias~~ idiosincrasias antagonistas. El era bueno: ella era cruel.

Desesperado abandonaba en ocasiones la choza, internándose en las marañas; y amainando en el aislamiento sus iras, la mala se apaciguaba hilando alguna redija en la rueca o tramando una colcha en sus telares.

Vagando el triste por la umbrías, pensaba en ella: las algavobas más gordas, los mistoles más dulces, las más sazonadas tunas, llevábalas al rancho.

Vivían de los frutos naturales en aquel siglo de Dios.

Por la mañana para la casa un mirito atrapado a garrote en el estero cercano; o bien un sabalo pescado en pesca en el remanso del río; si no un kiripinelo de la barranca próxima o algún paual de hadriaguana, manando rubio néctar por los simétricos abrojos.

Todo esto le costaba trabajo y pequeños dolores; pero ella mostrábasele indiferente, como gozándose en sus penas.

Volvió una vez sediento, fatigado, tras un día de infructuosa pesquisa, pues como reinaba la seca, estaban yermos y en escases los campos. Pidió entonces a su hermana un poco de hidromiel para beberla y otro de agua

para restañarse los carbonazos. Trajo ambas cosas, más en lugar de servirse las, derramó en su presencia la botijilla de agua y el tupo de miel.

El hombre, una vez más ahogó su desventura; fue como al día siguiente le volcara la olla donde se cocionaba el hervor de su refrigerio matinal, la invitó para que le acompañase en un sitio no distante, donde había descubierto miel abundante de moro-moro. Su invitación encubría espalidos designios de venganza.

El árbol, donde debían encontrar el dulce néctar, un abuelo del bosque, era de gigantesca talla. Cuando llegaron a su pie el persuadió a ella de que debían operar con cuidado, buscando beneficiarse de la miel, sin destruir las abejas pequeñas, pues se repetían historias de meleros desaparecidos misteriosamente a manos de un dios invisible que protege las colmenas... Sobre la horquilla más alta hizo sacar un lazo, preparando en un extremo una lazada, a guisa de columpio, para que subiese su hermana, bien cubierta por el poncho, para defenderse del embudo ya alborotado por la maniobra.

Cuando del extremo a manera de corrediza falanca, la soltó en el aire, hasta llegar a la copa; y cuando ella se hubo instalado allí, sin descubrirse, el emblegó a simular que ascendía por el tronco desgajándole a cachazos mientras descendía en realidad. Así pasó el lazo, y tuvo vigilosamente...

Pesa que daba en lo alto la infeliz.

Tranquilaron instantes de silencio.

Ella habló

No le respondieron.

Como empezaba a temer, sollevó la manta que la tapaba dejando apenas una rendija para respirar.

El zumbido de los insectos la aturdió, pues el armado en hambre revolaba furioso en derredor, vibrante de troncos

y de alas. Ciega de horror y de coraje, se desembozó de súbito, así lo acorbillasen los moro-moros; y al descubrir el espacio, el vacío, el vértigo la dominó!...

¡Sola, sola, sola para siempre!

Abandonada a semejante altura, sobre un tronco largo liso, sin otras ramas que aquellas a que se aferraban sus manos frías en constreñir de miedo, espiala para ver si el hermano parecía. La acometían deseos de arrojarse pero la brusquedad del golpe la amilanaba.

Mientras tanto la noche iba encendiendo en progresiva nitidez de sombra. Nunca se le mostraron más favorables el cielo ni más callada la breña - Vióse con los aurios locos de linderse en lo ignoto, de llenar el silencio de un solo grito. Mas se le amoscaba la garganta muda y la lengua se le pegaba en la boca con sequedad de arcilla.

Corutaba como si el ábrego la apretase con su fuzante frío y sentía el alma toda mordida por implacables remos diminutos. Los filos en el esfuerso anómalo con que ceñían su rama de apoyo fueron desfigurándose en garras de buho; la nariz y las uñas se encorbaron; y los dos brazos abiertos en agónica distensión enflaqueaban desde los hombros las manos. Dispnea arfisiante la estranguló y al ras convertida en ave nocturna, un ímpetu de valor arrancóla del árbol y la empujó a las sombras. Así nació el *hacuy*, y la fena ^{que} rompió en su garganta llamando a aquel hermano justiciero, es el grito de contrición que aun resuena sobre la noche de los bosques natos, gritando:

— *turay!*

... *turay*

... *turay!* (1)

1. *Hermano mío!*

Colonia Vazquez, Departamento Cobou.
Escuela Nacional N° 35.

Haidée Urquiza.

Dña S. B. de Bourquet (autora)

Los mineros de Sanagasta

Al oeste del departamento de Sanagasta, en la Sierrita, cruza una cadena de sierras que penetra por el norte viéndose de Catamarca, y cuyos quebrados ofrecen brillantes espectáculos bajo la luz del sol.

La mañana de nuestra historia parecía que la quebrada de Sanagasta estaba cubierta con un manto de piedras preciosas; cada quijano clavado en sus laderas, despedía fulgores magníficos y nunca como entonces se había mostrado al espectador tan coquetamente ataviada, como si le excitara a su conquista.

No es el espíritu indígena aficionado a tan singulares y quijotescas aventuras, y menos aficionado aún a la contemplación admirativa de las bellezas naturales que le rodean. Habitado a aquel espectáculo de grandiosidad y belleza, ningún habitante de Sanagasta o Chilceito va a perder un momento reflexionando sobre la magnificencia de las obras de la naturaleza frente a las quebradas de sus serranías, ni a pensar acaso, — con espíritu más terroso y positivo — en las cuantiosas riquezas que encierra la montaña y sus contrafuertes.... En vano las luces del día hieren sus festoscos y deslumbran multiplicándose en las escamas de mica, en las vetas áureas, o en las aristas oscuras del tungsteno, como si una mano fródiga pero invisible ofreciera al hombre las muestras generosas de la tierra, invitandoles a bajarse para cogerlas.

La quebrada de Sanagasta tenía un prestigio

aun mayor que el de su propia y natural belleza; decirse en el valle que guardaba en sus entrañas fabulosas minas de oro y plata, sin contar las riquezas de bordos, hullas y minerales secundarios; pero - agregábase, - una mujer sobrenatural que no podía ser otra que la virgen a quien los indigenas llaman "la Señora", impedía que tales tesoros fueran extraídos de su quebrada, quien sabe por qué.

Muchos exploradores habían pretendido explorar la quebrada, pero siempre el fracaso había coronado sus esfuerzos, y aunque ninguno declaró jamás haber visto cosa sobrenatural alguna en sus ascensiones, se tuvo en el valle por hecho incontrovertible la confirmación de la leyenda.

Aquella mañana tres extranjeros contemplaban estasiados el sublime espectáculo. Que venían del del labores de minas lo denotaban los instrumentos de trabajo que llevaban consigo, y que eran bien capaces de cualquier empresa, lo atestiguaban la musculatura recia, la mirada investigadora, el acento resuelto y la voluntad decidida que ponían en todos sus actos.

Al pasar por el valle, lo que oyeron de los misterios de la quebrada excitó más y más su afán de riqueza y de aventuras. Por otra parte, los habitantes de la villa cercana no abundaban en detalles, respondiéndole a las preguntas de los forasteros con su parsimonia de palabras, a veces desesperante.

- Examinemos la quebrada - dijo uno de los mineros; - esas piedras acusan la existencia de yacimiento; -
 - Recuerda que se nos ha hablado de minas de oro y plata - interrumpió con gesto codicioso el otro.

- Vamos allá, - concluyó finalmente el tercero, echando a andar.

En aquel momento apareció por detrás de un macizo de rocas, última estratificación de la serranía, un hombre del pueblo, de tez cobriza, ojos semi-oblicuos y pámulos abultados. Montaba en un borriquillo desmeдрado, y entonaba con voz monótona un aire de zamba.

- ¿Conoces esa quebrada, amigo? preguntóle uno de los extranjeros señalando la de Sagasta.

- ¿Cómo no, señor! Ésa es la quebrada de Sagasta, pues...

- ¿Sabes si hay minas en esas sierras?

- ¡Y cómo no, señor! Hay minas de oro y plata, pero todas son de la Señora...

- ¿Cómo de la Señora! ¿Quieres decir que no pueden explotarse?

- Así no más ha e ser, señor.

- Pero, veamos, buen hombre, - dijo un poco impaciente otro de los mineros, - ¿Por qué dices que todo es de la Señora?

- Porque ella no deja subir a la sierra, pues...

- Estas no son sino consejas de vieja, replicó desdenosamente el tercer sujeto que componía la expedición. Ahorraremos palabras y subiremos.

- La Señora no los dejará subir, afirmó el indígena.

- ¿Nos crees unos niños? ¿Te figuras que tendremos miedo?

- interrogó con tono despectivo su interlocutor.

- Así no más ha e ser, señor; repitió el hombrecillo taloneando su borrico y modulando maquinalmente aquella respuesta.

Volviéndole la espalda los tres mineros, continuaron trepando lentamente las sionocoras sendas que surcan la quebrada como lechos de corrientes que

se desprenden de lo alto en días de lluvias o deshielo, o bien como caminos practicados por los guanacos, habitantes de las alturas.

Los expedicionarios ascendían con trabajo, aumentadas las dificultades por el peso de las terramisetas que llevaban. Las piedras brillantes, con revestimiento de mica, resbalaban bajo sus pies, y si de vez en cuando no hubieran recurrido al contenido de las masetas que llevaban sobre las espaldas, y a los "chifles" que pendían a un cordado de la cintura de cada cual, la jornada hubiera sido insostenible.

A medida que subían hacíanse más visibles las vetas argentíferas y las áureo-rojizas salpicaduras de las faldas. Abajo, el valle parecía flotar en una bruma luminosa, y en la cima de las sierras, un velo ondulante de niebla semejaba un estandarte desplegado al viento por mano invisible y poderosa.

Varias horas llevaban nuestros viajeros en su ascensión, deteniéndose a cada cien pasos para examinar las rocas, dar un golpe de pie o buscar un sendero más accesible, cuando de pronto uno de ellos exclamó: ¡Mirad! en mi vida he visto más bellas piedras salpicadas de oro. Detengámonos aquí.

— En efecto; — afirmó otro. Un excelente filón tenemos a la vista... Pero sería preciso ver si podemos instalarnos aquí.

— No hay nada que temer. Los guanacos son inofensivos, y como la noche está aún lejos, podemos preparar nuestro campamento mientras tanto....

Instintivamente los tres miraron hacia lo alto. El sol que hasta ese momento había brillado como un poderoso reflector sobre sus cabezas, acababa de velarse con gruesos nubarrones; una racha de aire frío hizoles retroceder buscándose mutuamente y el eco lejano de

Los mineros de Sagasta (conclusión).

un trueno, retumbando en el estacio, hizo estremecer la serranía. Bruta, el girón de niebla se había agrandado. Como un gigantesco animal alado, bajaba, bajaba, abanicando las laderas, mientras que del fondo del valle parecía ascender otra nube opaca, a reunirse con la primera. Pronto la oscuridad se hizo profunda. Los mineros sorprendidos, solo habían tenido tiempo de resguardarse bajo una feña saliente, y las lenguas mudas decían eloquentemente los sentimientos que embargaban sus corazones.

- ¿Qué piensa, Jorge, de esta tempestad tan repentina?, preguntó, al fin, uno de ellos.

- ¿Tendrá razón el indio?, interrogó el otro atreviéndose a interpretar el sentimiento de todos, aunque tímidamente.

- Mañana lo veremos, contestó con sequedad el llamado Jorge que tan despectivamente había cortado la conversación del indígena horas antes.

Acurrucados en la especie de cueva que formaban las rocas, los viajeros dejaron pasar la lluvia y las ráfagas de viento cuyo rumor se hacía ensordecedor al rebotar en las bondonaduras y los barrancos. Los tres trataban de consolarse con la idea de que la luz del día les devolvería la acción y los divinos, sin atreverse a confesar ninguno de ellos, en tanto pesaba en los ánimos decaídos de todos, la creencia en algo sobre natural y prodigiosa, insinuada por el indio.

Largas pasaron las horas y llegó la aurora. Nuestros extranjeros se apresuraron a desentumescer los miembros ataridos, y a reponer las fuerzas con el contenido de sus maletas. Unos puñados de higos, dos o tres bocados de pan y abundantes tragos de aloja que uno de ellos sacó, con cierta prosopopeya, de su zurrón, fueron a los tres

aventureros, en excelentes disposiciones de cuerpo y de espíritu.

Decididos a aprovechar las señales encontradas, pronto sonó un golpe de pico en la dureza acerada de las faldas; pero el instrumento de labor partido en dos pedazos, se escapó de las manos del minero. Una maldición ahogada demostró el mal humor del dueño del pico. Sus compañeros se apresuraron a reemplazarle en el acto, mientras él trepaba por los riscos adyacentes en busca de nuevas pruebas de riqueza. Pero, apenas el pico hubo caído de nuevo, el sol que se levantaba rutilante y espléndido, veló su faz; las nieblas cubrieron la montaña y un velo impenetrable los envolvió en menos tiempo que el que hemos necesitado para decirlo.

Nuestros tres hombres, forjados de ese favor misterioso que provoca lo inexplicable en lucha con la ambición que atena ceaba su esfuerzo, se buscaron instintivamente entre las sutiles neblinas opacas que los envolvían, y en silencio, una especie de convenio tácito quedó sellado por el apretón de manos que se dieron. Acercándose mucho a sus compañeros para ser oído, pues la niebla interceptaba los sonidos, Jorge exclamó: — Sobre todo, ni una palabra de lo ocurrido. — ¡Seríamos la burla de los demás!

Una ráfaga de viento rasgó las nubes de vapor que ceñían la montaña, y el sol brilló de nuevo más resplandeciente que nunca. Por las laderas del este, tres vapores descendían nus-triz y calzif-afos. Al pie de la sierra un indigena de fómulo sabientes y ojo oblicuos, talo neaba displicentemente su torriquillo extenuado... dos mineros lo reconocieron en seguida: era el mismo de la noperá. — ¡Ha llovido en el valle? — preguntó uno de ellos.

— ¡Y cómo no, señor! Muchísimo...

— La 5^a es la que hace llover, ¿no? — interrogó bondosamente Jorge, libre jefe de tonares.

— ¡Sí no más la e ser, señor!... — contestó el indio.

Y el torriquito siguió al faso dexigual de su trote perezoso, mientras Jorge decía a sus compañeros:

— ¡Un simple fenómeno natural no ha acustado!... ¡Maldito indigena! ¡Es vergonzoso!

Colonia Vaquero. Departamento Colón.

Escuela Nacional N.º 33.

Maestra Auxiliar Haidée Borquiza.

Sacada de la revista "El Babaco".

Una reliquia histórica.

La Misionera

En la histórica población de Safesú, cuna del Libertador, y en su templo, renovado por la piedad portera, guardase, como una reliquia histórica, una hermosa estatuita de la virgen con el niño en los brazos, llamada la Virgen Misionera. No se sabe, a ciencia cierta, cuándo ni quién llevó allí esta imagen, ni cual fue el hábil artífice que la tallara en el corazón de un árbol secular de aquella selva misteriosa. El hecho real es que poro antes de ser destruida la pintoresca aldea, en el año 1817, por las hordas vandálicas del implacable Chagas, aquella virgen congregaba a sus devotos, infundiendoles ternuras, consuelos y esperanzas. Y vino la terrible invasión y el saqueo, la matanza y el incendio, que removieron hasta los cimientos, convirtiendo las alegres virreinas en un montón informe de cadáveres y de ruinas humeantes. Pero la Misionera salvó en brazos de los focos que escaparon a la devastación y huyó, con ellos, a ocultarse en la espesura de un bosque, en la opuesta ribera del Uruguay.

Pasaron los años, los interminables años, y algo así como un sudario extendióse sobre los restos de la infortunada aldea, recuperando sus dominios la exuberante vegetación, que cubrió fiadocamente las ruinas con sus enredaderas y flores silvestres, por encima de las cuales destacábanse el verde abanico de sus palmeras y la copa frondosa del "ibapoi".

El silencio y el misterio de tus tumbas, completó el cuadro

6

de la devolación, pues hasta los pajanos habían huido de aquellos sitios, donde se desencadenara la catástrofe del juicio final. Una circunstancia providencial e inesperada vino, cincuenta años después, a reanimar las ruinas anunciando el día feliz de la resurrección. Los colonos franceses, establecidos por el gobernador Pujol en las estancias de Corrientes, fueron trasladadas a Safayú, repartiéndoseles sus tierras fecundas. La peregrinación fue una verdadera odisea antes de alcanzar la tierra sustinada, dados los primitivos medios de transporte de la época, la falta de caminos y la gran distancia que debieron recorrer. Una caravana descendió el río hasta Goya, mientras otra costó por el norte el Paraná, pasando cerca de la Tranquera de Loreto, para ir ambas a reunirse en La Cruz. Aquí debían encontrarse los peregrinos para entrar unidos en la tierra prometida. Para reconocer el suelo y las ruinas tuvieron que abrir ficadas y abatir el bosque.

Al fin llegaron al sitio histórico y desventurado que devastó el bárbaro y criminal invasor.

Cada jefe de familia entró en posesión de su parcela, utilizando los sillones dispersos y enterrados para levantar sus viviendas.

Unos fogos, dirigidos por el piadoso sacerdote Bonhieri, el Moisés de aquella legendaria peregrinación, levantaron la modesta capilla, donde los intrépidos fogabladores iban a confortar su fe de sinceros creyentes. Allí se ofició, a los fogos días, la primera misa en acción de gracias por haber salvado en la feroz travesía y para implorar la protección del cielo en la nueva estancia que les separaba el destino.

Al poco tiempo apareció la Moisionera entre los colonos, traída de su destierro por un devoto ferriente, siendo hospedada en la vivienda de uno de ellos, don

de se celebró el suceso con un concurrido novenario. De allí pasó a la capilla y ha presenciado su transformación, hasta el bonito templete de la hora presente.

El piadoso y noble cura Barbieri dió por compañeros a San Martín de Tours, cuyo tallado confió a la maestría de un artífice indígena.

En mi reciente viaje de estudio a las célebres ruinas para averiguar las que hubieron de corresponder a la casa donde nació el ilustre vencedor de Chacabuco y Maipú, lo encontré en uno de los altares del templo y, sin saber lo que era, me llamó fuertemente a la atención por su aspecto de cosa antigua. Retivéme a examinarla de cerca, elogiando la proligidad del tallado. En un rapto de entusiasmo exclamé:

— ¡Magnífico! Luego requerí del cura que me acompañaba los antecedentes de esa imagen. Amablemente fue satisfecha mi curiosidad y con los datos que se brevementes de la laboriosa colonización me suministraron y de viejos vecinos, algunos franceses, hice algunas anotaciones que algún día publicaré con la ansiedad merecida.

Antes de retirarme tomamos interesantes fotografías de la imagen del templo y de otras curiosidades arcaicas.

Por último, el cura, para sondear mi opinión sobre el mérito artístico de la imagen, me preguntó:

— ¿Y qué podrá valer? — Señor, le respondí, y le dije que era magnífica y ahora debo agregar que vale como un templo y más que un templo. Estas cosas, mi buen señor, no las podemos justipreciar en valores comerciales. Representan para nosotros el tesoro de una legendaria y poética tradición.....

— Tiene usted muchísima razón — interrumpióme, diciendo: — la bella y sublime tradición de la fe, que levanta los corazones, que consuela y conforta.

— Si señor; para nosotros, los investigadores, la hermosa y patriótica tradición que se vincula a la cuna y a la infancia del Libertador.

Colonia Vazquez, Departamento Colón

Escuela Nacional N.º 33.

Baidú Urquiza

El complot de los fusiles.

¿Hay un sentimiento que honra el corazón humano, es la reverencia y el respeto que inspiran las grandes acciones.

Cover, peligro de la vida y sacrificar la fortuna en servicio de la independencia de la patria, son títulos que envante en a los hombres. Ejecutados por la mujer esas mismas acciones deben considerarse aún más dignas de admiración y alabanza.

El 29 de Mayo de 1812 se congregaban las más ilustres damas de Buenos Aires, en casa de la Sra. doña Comara Quintana de Escalada.

Tenia por objeto aquella reunión el fin más noble y patriótico para la causa de la independencia.

El erario estaba exhausto y las armas faltaban a cada paso, para armar a los voluntarios que partían entusiasmados a defender la causa de los pueblos.

Los ciudadanos más distinguidos habían tomado a su cargo el costo de una partida de fusiles, para aliviar al gobierno.

Este era un rasgo muy natural; entraba en la esfera del patriotismo el sacrificio bajo todas sus formas; pero llegó nueva renuncia de fusiles, y los ingleses, nuestros buenos amigos de aquella época, no sabían vender a plazo, ni les convenía abrir créditos a gobierno, tal vez de un día y a pueblos sin rentas públicas.

Para recibir los fusiles era preciso entregar el dinero contante, y el dinero faltaba.

Belgrano pedía nuevas bayonetas para armar las poblaciones que se levantaban en masa contra el

español. El vocal Sarratea las reclamaba a su vez para Montevideo, cuya flaca debía poner en estrecho sitio.

La reunión de aquella noche en casa de la Sra de Escalada tendía, pues, a salvar tan alligante situación.

Cuando estuvieron reunidas las principales completadas, la Sra Doña Tomasa les habló así:

- Las he mandado llamar, para que si están resueltas combremos los fusiles haciendo una suscripción. El gobierno no puede pagarlos, y es preciso que los enemigos no se aperciban de nuestra pobreza.

- Perpetuamente, amiga mía, dijo Doña Carmen Quintanilla de Alvear.

- ¿Y cómo haremos eso? ¿Será preciso prevenir a nuestros esposos? agregó María Costa.

- No, nada digamos a ellos; los nuestros aceptarían, pero el mío, que es español y nada amigo de los patriotas, lo descubriría todo, replicó Elena P.

- ¡Pobre Elena! ¡qué desgracia la tuya, casarte con un godo acérrimo! ¡Debes sufrir mucho!

- ¡Oh! no tanto como mi marido; él sufre por mí y por nuestro pequeño Juan que es americano. Por eso yo no puedo dar mi nombre, si el donativo se ha de hacer por escrito.

- Pero, ¿hagarás tu arma?

- Eso sí.

- Bien, dame una onza de oro, y yo tomaré dos fusiles por mi cuenta, repuso Petrona Bänderas.

- Un fusil es poco, agregó Elena, entregando la onza a su amiga.

- Si es poco, dale otra onza a Carmen Quintanilla para que te lleve otra.

- Bueno, así está bien. ¡Cuándo mi hijo podría sostener una espada! ¡Felices ustedes que pueden dar su nombre al mundo para que los admire! Yo tengo que

sacrificarme a la paz doméstica.

— ¿Y que le diremos al gobierno? preguntó Isabel Calvimontes.

— Le diremos la verdad.

— ¿Y, que es la verdad en este caso?

— Decirle sencillamente que donamos esos fusiles para el Estado.

— ¡Oh! eso es muy frío, exclamó María Sanchez de Thompson, yo tengo redactada una nota que voy a leerles; dáme-la, Remedio, continúa, dirigiéndose a la joven novia de San Martín. Pongan atención y corrijan lo que no les parezca bien.

María Sanchez levantó el escrito a la altura de la luz, y leyó...

Sus cómplices escuchaban en silencio.

— Está bien, muy bien, dijeron todas cuando hubo concluido; firmemos, y tomó la pluma la esposa de Alvear, diciéndole al oído a María Sanchez:

— Esto te lo ha escrito Montecagudo.

— Solo refitas, Carmen.

— ¿Por qué? ¿Que hay de malo?

— Hay de malo que no es verdad.

— ¿Cómo me probanías que no es verdad?

— Sí, dijo María Sanchez, acercando a la bujía el oficio y que mandólo.

— ¿Que has leído! gritaron todas.

— Nada; castigar a esta calumniadora.

— Siéntate, Carmen, y escribe: voy a probarte que yo no necesito secretario.

La de Alvear se sentó magnánimamente.

— Ponga usted ahí: "Excelentísimo señor":

— ¿En abreviatura?

— Ya está.

— Ahora, un poco más abajo:

"La causa de la humanidad, conque está tan intimamen-

te enlazada la gloria de la patria y la felicidad de las generaciones, debe forzosamente interesar con una vehemencia apasionada a las madres, hijas y esposas que suscriben. Destinadas por la naturaleza y por las leyes a llevar una vida retirada y sedentaria, no pueden desplegar su patriotismo con el esplendor de los héroes en el campo de batalla. Saben apreciar bien el honor de su sexo, a quien confía el a sociedad el alimento y educación de sus jefes y magistrados, la economía y el orden doméstico, base externa de la prosperidad pública; pero tan dulces y sublimes encargos las consuelan apenas en el sentimiento de no poder contar sus nombres entre los defensores de la libertad patria. En la actividad de sus deseos han encontrado un recurso, que siendo análogo a su constitución, desahoga de algún modo su patriotismo.

"Las suscriptoras tienen el honor de presentar a V. E. la suma de ferros que destinaron al pago de fusiles, y que podrían ayudar al estado en la erogación que va a hacer por el armamento que acaba de arribar felizmente: ellas las sustraen gustosas a las frecuentes pero sensibles necesidades de su sexo, por consagrarla a un objeto el más grande que la patria conoce en las presentes circunstancias. Cuando el alborozo público lleve hasta el seno de las familias la nueva de una victoria, podrán decir en la exaltación de su entusiasmo:—

"Lo armé el brazo de ese valiente que aseguró su gloria y nuestra libertad"

"Dominadas de esta ambición honrosa, las suscriptoras suplican a V. E. se sirva mandar se graben sus nombres en los fusiles que costean. Si el amor a la patria dejó algún vacío en el corazón de los guerreros, la consideración al sexo será un nuevo esti-

El complot de los furiles (conclusión).

mulo que les obligue a sostener en su arma una prenda del afecto de sus compatriotas, cuyo honor y cuya libertad dependen. Entonces tendrán un derecho para reconvenir al cobarde, que con las armas abandonó su nombre en el campo enemigo; y coronarán con sus manos al foren que, presentando ante ellos el instrumento de la victoria, dé una prueba de su gloriosa valentía.

"Las suscriptoras esperan que aceptando V. a este pequeño donativo, se sirva aprobar su solicitud como un testimonio de su decidido interés por la felicidad de la patria?"

tal fue la nota que las ilustres fortunas presentaron su valioso donativo el 30 de mayo de 1812.

La orgullosa Quintanilla quedó vencida por la inteligente María Sánchez.

Al despedirse abrazándola le dijo:

— María, si quieres una plaza de gramática, te ofrezco por discípulo a Carlos mi esposo.

— Se lo agradezco sin aceptarlo, déjalo que pase a la historia con su mala ortografía; era serci una bella sombra para su reputación.

Le dieron un beso de cariño.

eran las doce de la noche cuando se disolvió aquel famoso club con falda.

Algunos días después, la "Gaceta Ministerial" publicó en sus columnas aquella gloriosa nota, destinada a ser en la posteridad la corona circa de nuestras abuelas.

Colonia Vazquez, Departamento Colón
Escuela Nacional N° 33.

Soledad Urquiza
Santiago Arundano.

Muerte del Cacique Painé

Ceremonias en la Pampa. Entierro del cacique - Sacrificios
humanos - Su sucesor.

Inmediatamente de morir Painé, su hijo primogénito Calvairú sucedió a su padre (Chu): ordenó colocasen el cadáver como es de costumbre en su lecho de muerte, que le vistiesen todas sus prendas y mandó chasques a todos los caciques. Se dirigió a Pichuiri expresándole su sentimiento y pidiéndole fuerza armada para reunir en una junta general todas las mujeres en sus departamentos, a fin de hacer un ejemplar con las brujas que se habían ensañado. Tan luego es el cacique de más nombradía. Suponian que es por poder de éstas que aconteció la muerte del jefe indio.

Pichuiri mostró su pesar hasta donde pudo, y condescendió con la requisición de mandar gente armada de lanza y bola. Mientras tanto en el lugar de suceso había una guerra feroz.

Al día siguiente, después del velorio de uno, mandó Calvairú que le llevaran todas las mujeres que hallasen en los toldos. Terminada esta operación, reunieron las que ya estaban allí, con las recién traídas, les formaron ciertos hombres a caballo, con lanzas. Vino Calvairú y determinó que todo hombre que en aquella reunión de mujeres tuviese y dijera matar una, la perdería. Se ejecutó esta bárbara disposición sin que nadie dijera una sola palabra, lo que además que era una necesidad, se decía, dar un golpe a las brujas, era un deber cumplir con la ley del caso. Una multitud de infelices tan alegres y llenas de vida antes,

abonan se desgarraban sus vestidos desesperadas por eludir el ser nombradas en la sentencia. Apurradas todas y circuladas, no se veían más que semblantes llenos de angustia; cada una miraba a la muchedumbre que las guardaban con una sonrisa llena de amargura como implorando compasión. Todas lloraban, todas llamaban, pero nadie las oía; una decía, en el colmo de la desesperación "para qué nos tienen así, nosotras no somos brujas". Otra repetía: "yo estoy criando, mi criatura es pequeño". Mas allá decía alguno: "mis hijos son chicos y van a quedar chicos, huérfanos; ¡ pobres mis hijos!, ¡ el padre ni siquiera me depende!"

En medio de este caos se presenta Calvachi con su escolta, ordena que de estación en estación se vayan encasillando de la multitud y las vayan matando, hasta llegar a una loma donde había dos algarrobos y donde se había mandado hacer la sepultura. Las más o menos muertas dependían de las más o menos estaciones que se hicieran. La sepultura debía de ser de unas seis varas, y este trayecto debía tener de distancia en distancia un montón de brujas asesinadas. Toda la vía quedó marcada con los cadáveres, bárbara y salvaje se expusieron a los ojos del cacique. La heurto visto que la mujer más querida de Laine era la vieja que él mismo había separado de las otras tres que tenía consigo; sólo ésta mereció el respeto de sus hijos y de los devotos ardientes adictos a la matanza. Nadie osó incomodarla ni decirle una palabra; las tres recién viudas hacían parte de aquel rebaño de ovejas que se oprimían entre sí, revolviéndose para no ser designadas, como cuando se entra a elegir una res en una majada, que todas se abofellan trepándose unas sobre las otras, cayendo algunas para no levantarse sino fisotecadas y contusas. Ni más ni menos, tal era el aspecto de aquel espantoso drama.

ma con todo sus horrores. Qainé era casado con dos hijas del cacique Caibunaima (halcón azul), hermanas de padre y madre, jóvenes aun, especialmente la menor, y una cautiva llamada María, natural de Córdoba. A esta señora que tenía ya sus 40 años, tampoco se la hizo partícipe de la ignominia de sus colegas.

Por fin, cuando fue tiempo de hacer la primera ejecución, se presentó Cabrañú (padre y abuelo políticos de Caibunaima), pidiendo se le concediese salvar sus dos hijas; aquel padre venía con el dolor escrito en su semblante. Cabrañú, en atención al respeto debido a este anciano por sus méritos, hizo lugar a la petición concediéndole la menor, dejando la otra para cumplir con la ley y haciéndola seguir a su mando al albué mapú o tierra de la esterilidad.

Entró Caibunaima al rebaño de infelices, extendió la mano hacia su hija que ya no veía por las lágrimas, se asió de la mano de su padre, y al salir muchas se frencieron de ella, creyendo salvarse; pero Caibunaima les dijo que no podía sino librar a su hija. En esto ve la otra que sacaban a su hermana y la dejaban a ella, y le grita, en medio de aquel bullicio: "¡Padre mío, ¿no soy también tu hija?, ¿por qué me dejas?, ¿no sabe que tengo un pumcin chiquito?" El padre hizo un movimiento desesperado con la mano, como quien dice: ¡fuerza, y no pudo hablar. Cabrañú ordenó la primera ejecución, designando una a una las que debían morir, y en el acto las sacaron de la masa de mujeres, arrastrándolas, arrojándose estas pobres de aquellas que quedaban a su lado, metiéndose otras entre las fieras de las que no eran nombradas creyendo evadirse.

Fácil es concebir el alboroto que causarían las otras designadas a morir, entre más de ciento veinte que no esperaban mejor suerte. Allí, en medio de las súplicas las más conmovedoras, en medio de los gritos, de los llantos, mezclados todos con

los relinchos de los caballos, se mataron ocho desgraciadas. La procesión se movió con el cadáver y el arco de brujas por detrás, con su correspondiente seguridad; á poco andar se hizo alto, era para repetir la matanza; se designaron otras ocho brujas o no brujas, y luego fueron secadas como las primeras y muertas a volazos y señaladas; la que se disparaba, buscando salvarse, la lanzaban.

En esta vez aun no nombró Calvairi la viuda de su padre, y mandó seguir el cortejo fúnebre. En la marcha fraudada que llevaban era mayor la angustia de tantas víctimas. Fue preciso hacer una tercera parada, y en ella designó Calvairi otras ocho, que fueron tomadas con la misma crueldad que las anteriores y muertas en el acto, quedando sus cadáveres palpitanes como para señalar aquella vía de dolor y de sangre. Continúo todo el acompañamiento en el mayor orden y gravedad. Se oía de cuando en cuando gemir ya a un marido cuya mujer la había visto matar o marchaba a la muerte, ya a un hermano, a un padre y por fin parientes o deudos inmediatos de las que habían muerto o estaban por morir.

Otros comprimian su pesar, se les inundaban los ojos de lágrimas, pero no decían una palabra, era necesario, porque era una costumbre. Llegóse por último al fin de los dos algarrobos donde estaba ya la fosa para guardar la venerable reliquia de Paine. Allí se pararon todos, cadáver, acompañamiento, brujas, todos; se presentó Calvairi y designó otras ocho mujeres que también fueron víctimas de aquel fanatismo feroz. Entonces se introdujo en la fosa el cuerpo de Paine, vestido con lo mejor, puestas sus espuelas de plata, su montura bien envuelta, llevando en ella sus estribos de plata, su chocón o plateado, etc. Mandó Calvairi traer la criatura que criaba de pecho la mujer de Paine y que iba allí, y

« Muerte del Cacique Guiné
(Conclusión).

Luego que la trajeron se la hizo entregar a la madre, diciéndola: « Dale de mamar por última vez al niño ». Ella, desconcertada de esta vez, le dijo: « ¿ Qué? ¿ Si el estar criando me vale siquiera para que me mates? » balraish replicó: « Es preciso que sea así, no porque seas bruja; si lo fueras no irías acompañando a mi padre dentro de la fosa; bien sabes que su primer o principal mujer tiene que ir con él! lanzó un grito de horror la china, y llorando y en voz muy alta le dijo:

— Yo no soy la principal mujer del muerto; en ese caso tu madre es la que debe acompañar hasta en su vejez a su marido, no yo que soy nueva para él.

— Mei madre replicó él, ya no era falta de las mujeres de mi padre, porque para él ya no vivía, puesto que la separó por la vejez; si hubiera estado viviendo con él hasta ayer, entonces sería ella, contesto balraish.

Durante este diálogo, la criatura llena de alegría lactaba del pecho y le soltaba jugueteando con él, inquieta y contenta lo que se veía en el regazo maternal, para no volver jamás a él. La china, con sus hermosas trenzas de pelo sueltas sobre sus espaldas y el rostro en señal de feroz dumbre, no hacía mención a las mudas miradas de la criatura, porque su corazón ya no era de madre, sino de una mujer en agonia.

Llegó la hora, quitáronle la criatura del seno, tomáronla a ella y de un solo golpe en el cráneo, en la parte superior, fue lo suficiente para que dejase de existir, colocándola al lado izquierdo de su marido; cerraron con gruesos jalos la boca de la sepultura, luego encima le pusieron faja y tierra, haciendo de todo un terraplén. Ahorcaron cinco de sus caballos de pelea al pie de su sepulcro y le mataron un número crecido de ovejas. Concluido esto se

retiraron todos.

Calvairín llamó a la cautiva María que había sido mujer de su padre muchos años, y le entregó la criatura huérfana para que la criase con todo cuidado; la pobre María lloraba, tal vez de miedo y no por la muerte de su marido. Este fue el fin del foderado guerrero Panqueilche, Paimequor, y el principio del gobierno de su hijo y sucesor Calvairín, que también tuvo su fin trágico tirando al blanco con una pistola, sentado sobre unos cajones de cartuchos de cañón y muy cerca de un montón de cuñetas de pólvora. Dio, y por fortuna acertó a uno de estos cuñetes; la explosión del primero ocasionó la de todos, y voló el punto con los cajones, acompañado de 23 indios. Esos cuñetes fueron usados en la expedición al norte del señor don Emilio Nieto, diciembre de 1875; cuando se perdieron, murieron muchos de sed y se volvieron llenos de desaliento.

Colonia Vazquez, Departamento Colón.

Escuela Nacional N.º 38.

Paide Torquiza.

E. Smiler Martínez

El árbol del maléficio

La travesía que hay entre los riojanos pueblos Muzán y Cimogasta, es un verdadero sequedal. Amplio yermo es el valle y a lo lejos altísimas montañas lo emparejan cerrando al viajero la visión de otros horizontes. Falda y sequiza la tierra apenas si deja crecer algarrobos y retamas. Abunda la jarilla y el resol apodora e infertiliza campos y espíritus. El cielo es claro y profundo, la luna fúnebrima y la vida heroica y fatalista. Los ríos no son sino bastos de la espofeja de las aguas. ¡Todo es riqueza de sol y alma de sufrimiento!

Pero, en cambio, la leyenda abundosa y grata hace de cisterna el ánimo del hombre cívil. Todo tiene su historia, su conseja, su número en aquellos lugares bravos y humildes.

Y bien, casi a mitad de la aludida travesía, aislado, solitario, hallase el árbol del maléficio. Alto, coloso, verde oscuro es. Está al brío mismo del sendero y da sobre la tierra limpiísima una sombra incitante y helada. No se frosan las aves en él, ni hay huellas de plantas de ser humano que haya descansado allí.

A distancia y de todos los tumbos, a modo de gran paraguas protector, el árbol hipócrita se ofrece al viajero. Lo codicia el alma ansiosa de un baño de sombra ante tanto dardo de sol, pero su mala fama ha torcido el curso del camino y le imposibilita la venganza.

Yo también en mis andares de infancia quise frosar a su sombra, y al fijar los ifarus de la mula, mi

hombre de compañía detúvome con mandamiento categorico.

- ¿No llegó! - díjome.

- ¿Qué hay? - respondí.

- Mucho hay y malo, vamos camino andando y para entretener distancia le conté la historia - repetió mi Anip. te montañés.

Con feua y sin sospechar el misterio del árbol, obedecí. Cantadora como mujer era la sombra y yo sufría en irme.

Cuando reanudamos la marcha, con voz de fe y respeto, el hombre refirióme la leyenda. De esta manera comenzó:

- ¿Ha visto que bien baranda está la tierra debajo del árbol?

- Sí; es un verdadero círculo limpiísimo.

- Bueno; sepa que esa sombra es mala. Los que reposan bajo el árbol traicionero quedan locos. Dicen que por todo el cuerpo les anda como un fuego o ponzoña; hasta que al fin la sangre se les pudre y mueren exhalando un olor insuportable.

El árbol ha brotado sobre la tumba de un mozo bien querido. El más diestro guitarrero de la comarca era y no hubo doncella que escapara a su amor.

Diz que cantaba como un bendecido de Dios, y ahora mismo, cuando las noches son proficias a las ánimas, oyeu las majeros rumor de faranas y cantigos antiguos.

Nadie en Mezaun echaba sombra a su arte. Algunos pensaban que para tocar tan bien debía estar en trato con el diablo.

La vida de aquel muchacho era un vivo gozar. Con su música ablandaba hasta las piedras. Un contento era su cara llena de gracia y no le faltaba ni coraje ni bondad.

Pero un día - los días funestos siempre llegan -

no se sabe de dónde, vino al pueblo una doncella linda y apetitosa. El mozo de la granja fue el primer gallo que a la madrugada cantó a su puerta.

Los amores comenzaron y tiempo y tiempo transcurrió sin que el galán venciera. Por toda la comarca se hizo famosa la firmeza de la niña. La alababan los viejos y la juventud la desataba con hambre de ovej.

Se abase el tiempo. Entró muy hondo el amor en el mozo de la música y el deslecho hizo su locura.

Desde entonces no se acordó más de Dios y dijo que se iría por las noches en busca del diablo para venderle el alma a cambio de medicinas triunfales.

Elaco y desconocido iba quedando, hasta que al fin una noche horrible de lluvias y vientos, muy lejos, por estos campos se sintió un reventón como nunca más se oyera.

Al otro día el mozo no apareció. En vano lo buscaron tiempo y tiempo. También la niña lloró por el desaparecido.

Después, de improvviso el raro arbolito comenzó a brotar. Ninguna seca lo abate, y aunque no florece nunca, jamás del año pierde su legaña y frescor.

Se sabe que el diablo, mientras pactaba con el mozo, fue sorprendido por Dios y no tuvo otro remedio para no perder la conquista de esa alma - que transformarlo en árbol venenoso e incitante, a fin de que si alguna vez reposa a su sombra la doncella del feraz, el enamorado veugue su sublicio.

Al término la cometa, tan cabal a la raya, mientras el sol del ocaso barnizaba de oro el bronce de nuestros rostros.

Colonia Vazquez. Departamento Colón
 Escuela Nacional N.º 33.
 Raidee Borauiza.
 Rafael Olligado (autor).

1870. Himno.

Coro.

MP.

Ciudadanos, ayer compañeros
 En la gran Lopeya del sur,
 De aquel grupo de viejas banderas
 Os saluda la blanca y azul.

I

Ombles pueblos de América hermanos
 De la noble Nación Argentina,
 Venid todos, que unidas las manos
 Nos envuelva este inmenso arrebol:
 Es el astro de mayo el que llega
 Del confín secular de la historia,
 Es de Salta, es de Maipo la gloria:
 De Ayacucho y Junín es el sol.

II

Revendigamos al astro esplendente
 Que después de cien años de lucha,
 Hoy nos puede besar en la frente
 Porque 'estamos sus hijos en faz:
 A su luz perdurable juremos
 Esperar otra vez su venida
 Sin que el humo de hid fratricida
 Vele en nubes de sangre su faz.

III

Abrase nuestro hogar opulento
 A la Europa materna, a sus hijos,
 A las ciencias, al arte, al talento,
 Al trabajo, a la fe y al amor;

Y ante el mundo que absorto nos mira
Levantar del progreso la tea,
Nuestra forera América sea
Tribunal de Justicia y Honor.

Colonia Vazquez - Departamento Colón
Escuela Nacional N° 33.

Haidé Urquiza.

Jose F. Piedra (autor).

La mano de Dios (anécdota)

Corrían los tormentosos días de Junio de 1852, precursores del glorioso "11 de Setiembre" que conmemora en Buenos Aires la gran plaza en que se levantará algún día la estatua de "Mitre el Grande" protagonista de esta anécdota.

La cámara de Representantes de la Provincia había redrajado el famoso "acuerdo de San Nicolás", suscripto el 31 de mayo por Urquiza y los gobernadores de las provincias. En la memorable sesión del 21 de mayo su autorizada palabra para el Sr. Mitre, miembro de ella, había alzado combate al tratado.

"... Sin cuando la elocuencia bajase en lenguas de fuego sobre las cabezas de los oradores que llenan este recinto, - dijo, ningún poder ten drá sobre mi conciencia, ni para afirmarme en mi juicio, ni para conmoverlo, ni para modificarlo". Y el gran tribuno con palabra inspirada, más potente que la voz de los cañones que hiciera tronar otrora por la libertad, pulverizó la obra en que Urquiza cifraba toda sus esperanzas de predominio en el escenario político de la República que acababa de arrancar de las garras ensangrentadas de Juan Manuel de Rosas.

Aquel discurso, aquella heroísimas actitud independiente, aquella noble decisión del defensor de Montevideo, del artillero de Buenos, del tribuno del pueblo, del apóstol de la libertad y derecho reivindicado días antes, y aya nuevamente en peligro, sublevó las iras de Urquiza, las tremendas iras del autócrata señor de Entre Ríos, del vencedor de Pago Largo, Venecia e India Muerta, del camarlán de las campañas correntinas, en cuya frente la flama viril de Mantilla, mojada en sangre de mártires, la fueso marca imborrable...

Sabiendo en la tarde del 23 que Urquiza había ordenado la

disolución de la Legislatura, asumido dictatorialmente el mando de la provincia; dispuesto su prisión y destierro, así como de Vélez Larzábal, Lorenzo Portela, Pedro Ortiz Vélez, y uno de los redactores del diario "Los Debates" Don Manuel Córdoba Pareja, por el delito de haber luchado con la palabra para evitar el resurgimiento del despotismo, todos los cuados debían ser embarcados a bordo del buque de guerra "Merced" y alejados de la tierra amada en castigo de su amor a las instituciones, transmitió Abito esta novedad a su noble compañera, la Señora Sulpina Vedia de Abito, hija, hermana, esposa y madre de patriotas, a quien uniera su destino teniendo por altar las trincheras de Montevideo y por marcha nupcial el estampido de sus cañones y el estruendo de sus clarines de guerra...

Bartolito ha fustado de mano maestra en estas líneas de su fábula más personal y característica las angustias de aquellos memorables días, fábula que provoca la risa de los superficiales, pero que hace llorar por dentro a los que sienten fondo: "Eran buenos para un barrido como para un fregado, lo mismo que de grande, a los cinco años sabía yo recorrer las casas del barrio ofreciendo en venta freudas de que en la mía necesitaban deshacerse para hacer la comida." No lo extrañe usted, señora. Era la moneda corriente en aquellos tiempos de mucha gloria, pero de muy poco dinero, muy distintos a los actuales, en este y otros conceptos.

"Viera usted, sin embargo lo ancho que se fueron los de la época al recordar que vivieron y actuaron en ella, si quiera fuese vendiendo freudas o yendo a las compras, cuando había con qué hacerlas, como éste su seguro servidor; cosas de los de estas tierras, señora, por cuyas venas corre la fantástica sangre de Don Quijote!"

"Noi madre, — dijo la tía en su guarda; — era una dama del tenor siguiente: linda como ella sola, hija de un patricio, hermana de mártires, se casó, cuatro años antes de que yo viniera al mundo, con un forense oficial de

artillería, después muy mentado, por lo que no perderé el tiempo en presentárselo.

"El tal oficial acometió versos entre cañonazo y cañonazo, y ya puede usted imaginarse el acúto que danía aquel ladri-
llo para la porotada, primer número del "menú" defensor, dicho sea sin mengua del pirón, su ilustre compañero.

"La faja llegaba tan lentamente como rápida se iba entre el almacenero y otros proveedores, y no había que pensar en comer pólvora, plomo y cebas en los días en que la ración militar andaba escasa, por lo cual, no teniendo más fe ni madre en el poder nutritivo de la pólvora, y no siendo la artillería de mi padre de las de tiro rápido que en tiempos más adelantados han dado en tierra con uno o más bancos en un abrir y cerrar de ojos, se ingirió la digna señora para purificar la grasa, que solía venir bastante variada, engordar artificialmente la carne flaca, y economizar las rafas de leña para cambiar los sobrantes por otros artículos de primera necesidad.

"Bajo tan grandes y elucos auspicios, en aquel hogar, en el cual la escasez parecía abundancia y lo viejo nuevo, bajo discretísima dirección, se deslizaron mis primeros días al suave calor del ala maternal mientras la paternal se veía obligada a cenar sobre otros campos, requerida por destino más alto y combatida por encontrados vientos.

"Por fin Crite y compañía se fueron con su ingrata música a otra parte, y alboreando Caseros, los del gran sitio tomaron el rumbo de sus luces y mi padre entre ellos. Sucedió lo que tardaba ya en suceder: el tirano se fue también a Europa, por no irse a otra parte, como decía Juan Cruz Varela, y nos vinimos todos a Buenos Aires.

Se explica, pues, fácilmente, el estado de ánimo de la amante esposa en conocimiento de la terrible noticia. La victoria de Caseros hizo concebir a la noble dama esperanzas de paz, de reposo, de días mejores; pero los sucesos quebraban bu-

talmente sus ilusiones más caras; volaban las horas de peligro, de persecución, de destierro, de combate. Como el hijo prodigo de la leyenda, ella no tendría momentos de descanso, de paz, de tranquilidad en tanto que no lo tuviera el elegido de su corazón a quien la tiranía le negaba la fiducia en que redimir la cabeza.

Y dando la última mano al arreglo del equipaje, más que modesto, fobusísimo, del desolado, en aquella salida de la estrecha casa que le brindara un veso techo, sita en la calle de "Las Piedras"; ahogando sollozos y bebiendo lágrimas, no podía repletar en el techo todas sus angustias y lanzó una queja, una sola, porque (porq) la suprema angustia la hizo incontenible:

— ¡Qué desventura la nuestra! ¡Qué amargo desengaño el mío! ¡Qué vía cuicis tan dolorosa nos defaña la fatalidad de nuestra vida!... Casero me hizo olvidar las torturas pasadas: la escasez que fue mi serria, el peligro de todo los días, la angustia de todos los momentos, la tremenda obsesión de varios años vivido, — si así puede vivirse, — entre la muerte, el hambre, la desnudez y el horror de una batalla interminable! Una década de espanto diario, sin tregua ¿fuede acaso recompensarla un descanso de tres meses?

Noite, que pasaba silencioso la estrecha sala que le servía a la vez de dormitorio, sala que daba a la calle, cortó la hilación de sus pensamientos de sus hondos reflexiones que le abstraían, substrayéndole a la realidad de aquel momento y movido a justísima condolencia por aquella protesta de un santo dolor de madre y de esposa mártir, con la misma voz tranquila, mesurada que nada alteró jamás, ni la suprema evocación de la apoteosis glorificadora, ni la impresión del peligro en la batalla, pero que yo oí sollozante y quebrada en una hora inolvidable hablando

La mano de Dios (conclusión).

de sus hijos muertos, la dijo:

— Buenas razones, Delfina, en quejarte. Tu destino ha sido cruel. Has participado por mi culpa de todas las amarguras, de todos los pesares, de todas las desgracias que han afligido los días de la patria. Como la suya, tu vida de madre y de esposa amante ha sido un martirio. Pero... ¡confía en Dios...! Como no es dado a los bárbaros perpetuar su dominación ni su imperio, ya tendrán término con su caída, nuestras desgracias, y la felicidad, la santa felicidad del amor compartido por nuestros corazones y nuestras almas, será la recompensa de todos tus dolores pasados y presentes. Un porvenir venturoso nos espera. Lo ha labrado mi fe fortalecida por tu abnegación sin ejemplo. Sé fuerte como hasta aquí, Delfina, y no olvides en tu momento de debilidad, indigno de tu grandeza de alma, que la mía necesita ser confortada en la adversidad por la santa resignación de la tuya.

“Esto no puede perdurar.... Por mí, te declaro que la única positiva pena que me acompaña al destierro que me somete la prepotencia de un caudillo ensobornado, es la circunstancia de dejarte sola, abandonada, si bien creo que por poco tiempo, sin los recursos para satisfacer tus necesidades y las de nuestros hijos..... Pero con todo, hija mía, voy tranquilo al destierro... Una voz interna me alienta. Exigo profunda fe en la providencia y.... recuérdalo, Delfina: tú, como yo, sabes, que Dios no abandona jamás de su mano a los que son buenos y sufren persecución por la justicia...”

Tres golpes resonaron en la vidriera que en aquel momento castigaba el viento; tres golpes aplicados, al parecer, por los nudillos de una mano varonil. La noche era obscura, y la situación violenta por las circunstancias.

políticas en que se hallaba la ciudad máster, inclinaba el ánimo a inferir acechanzas e burlas...

La noble dama, abandonando la tarea que la ocupaba, levantó su hermosa cabeza y viendo que su esfuerzo se dirigía rápidamente a la ventana, adivinó sus propósitos y asustada ante la idea de un peligro posible, fidióle desquiciada, con voz de ruego indefinible entremezclado de imperiosa demanda:

— ¡No abras!

El conde Abitir, desdenando ruegos y peligro, abrió con decisión... En el fondo oscuro de la calle se dibujó confusa, sirviéndole de marco el de la ventana abierta, una forma humana que apenas se destacaba de las sombras que la velaban.

A la interrogación enérgica de: ¿Quién?, respondióle algo que golpeaba el pecho del proscrito y caía produciendo un ruido metálico al chocar con el piso, a tiempo que una ráfaga de viento sacudía la luz de la lámpara a punto de apagarla.

Instintivamente cerró con fuerza la hoja; levantó el misterioso bulto, y arrancadas las ligaduras que le sujetaban, aparecieron ante sus ojos arrojados, cincuenta relucientes onzas de oro. ¡Bona fortuna en aquellos días en que abundaba la gloria, tanto como escaseaba el dinero!

¡La mano de Dios!

No se pudo averiguar jamás quién fuera el incógnito auxiliador que en momento tan oportuno, providencialmente, diré, cubría de los horrores de la miseria al austero hogar del proscrito que jugaba todo: la vida propia y la paz de los suyos, al interés, a la gloria, a la dignidad de su pueblo.

Pero como creo que las buenas acciones, las que honran y ennoblecen a la humanidad tienen su premio y recompensa en la gloria de ejecutarlas, el que en aquella

noche memorable la practicó tan noblemente como no lo pudo ser más, la ha tenido amplísima; y no importa que su nombre permanezca ignorado en tanto no lo sea su hermoso, sugerente y ennoblecedor ejemplo.

Maitre marchó al destierro más tranquila y su Delfina sintió más confortado su ánimo para sobrellevar las desventuras que la situación le creaba. ¡Cuánta fan farra sus hijos...! El fantasma aterrador del hambre a que diera vida la prespotencia brutal de un caudillo cuso berbeido, que la mano de Maitre abatiría en Parón, desaparecería ante el conjuro de la gratitud popular, personificada en un hijo del pueblo inspirado por una noble acción y conducido a ejecutarla por la mano de Dios que vela por los buenos.

¡Cuánta enseñanza se desprende de este episodio tan torpemente relatado!

Tanto cuanto más lo medito, tanto más aprendo y siento; pero me desalera y abruma la incapacidad de trasladar al papel las ideas que me sugiere y los sentimientos que me mueven.

¡Que cada uno de mis lectores encuentre en su corazón y me comprenda! ¡Si su corazón no siente emociones supremas, si sus ojos permanecen secos, infeliz de él!

En momento de terminar tan mal perfeccionadas líneas, ennoblecidas por la grandeza moral que el caso revela, mil veces auguro no ruegan a Dios por la vida augurata de Bartolomé Maitre el Grande. Como a arrodillarme con mi esposa y mis hijos en el templo de mi hogar, a rogar a Dios por que salve a la patria argentina de lo horrible desventura que la amenaza y a pedirle también que su bendición glorifique los días de los seres felices que llevan el nombre y la sangre del generoso y noble, tanto más noble y generoso cuanto ignorado, benefactor del fundador de nuestra unidad nacional en aquella amorosa y luminosa noche del 23 de junio de 1852.

Colonia Vazquez. Departamento Colón
 Escuela Nacional N° 33.
 Haideé Urquiza.

Ciudadanía y Pueyredón

Episodio de la conspiración de Alzaga.

A fines de 1842 regresaba del Brasil, rumbo a Montevideo, a bordo de la fragata "Urma" el ilustre escritor don Florencio Varela, publicista de nota que había de ser desde las columnas de "El Comercio del Plata" el ariste formidabile que desquiciara los cimientos ciclópeos de la dictadura rosista, dejando a Urquiza, con quien mantuvo cordiales relaciones, la tarea de darle el sello definitivo que la había rodar en el polvo de la divota de Caseros.

En su modestísimo bagaje de proscripción, entre otros folios de gran valor, la relación que don Bernardi no Rivadavia escribiera respecto de la famosa conspiración de Alzaga, que le tuvo reprimir, formando parte del primer Triunvirato. Pero estaba de Dios que esa narración preciosa no había de incorporarse a nuestra historia, pues la "Urma" naufragó a la vista de la capital uruguayaya y los valiosos documentos fueron a parar al fondo del río de la Plata, que había sido seis lustros ariste nudo testigo de las trágicas escenas descritas en ellos.

Varela, - que conocía su valor y lo recordaba con minuciosos detalles, por haberlo leído y releído de nuevo de veces, meditando largamente a su respecto, - pudo reconstruir en parte su contenido, escribiendo narraciones interesantísimas que sus hijos han conservado cual precioso tesoro. En una de ellas se cuenta el curioso episodio que vamos a narrar con sus propias palabras y en el cual se pinta a lo vivo lo que fueron aquellos varones ilustres, grandes entre los grandes y dignos.

nos de que sus existencias fueran fijadas para siempre con la pluma de Plutarco.

Mientras esto pasaba en casa de Chielana y en los momentos en que se encontraba la persona del jefe de la conspiración, se representaba en el despacho del Gobierno la más singular escena, que prueba hasta qué punto creza el odio de partido.

Lueyredón, que había firmado las sentencias de Cámara y del carretillero, había sido de nuevo vencido por su partido; a punto de que su espíritu cayó en las tinieblas que revelan el secreto que sigue:

Se hallaba Scivadaria solo en el despacho, ignorante, por supuesto, de lo que pasaba en el de Chielana, cuando entra Lueyredón, amigo de Colegio de aquel, con su sombrero puesto y ademán ardiente. Sentóse así y sin otra ceremonia, dijo a Scivadaria que ya no podía aguantar su situación; que el gobierno estaba siendo juguete de la facción de Chielana; que era falso que hubiera conspiraciones de españoles; que las tres ejecuciones que se habían hecho eran tres asesinatos horribles y que él estaba determinado a salir de semejante gobierno; que tenía hecha su renuncia y que al día siguiente iba a presentarla al Cabildo, para que éste convocase al pueblo y nombrase otro en su lugar; que fundaba su renuncia en que no quería formar parte de un gobierno que forjaba conspiraciones para matar inocentes. «No tengo, concluyó, a pedirte consejo, sino a comunicarte lo que tengo irrevocablemente determinado, por que te debo amistad y servicio.»

Scivadaria, aunque sorprendido de semejante trastorno de ideas, aparentó no estarlo: procuró

volver la reflexión a su colega, con palabras de persuasión, pero viendo la obstinación de éste cambió su tono y su ademán y tornándose muy severo, le dijo: « que, pues, Pueyrredón se despojaba voluntariamente de su carácter de gobernante, pues que ya en aquel momento no era más que un conspirador, que preparaba un golpe de muerte al gobierno y a la causa de la República, en lo momento de verse amenazada por una conspiración terrible, él, Rivadavia, se consideraba único gobernante. En este carácter — agregó — intimo a Ud., señor don Juan Martín Pueyrredón, que Ud no sale de aquí; que queda Ud preso aquí mismo; que va Ud a declarar ante el secretario y el escribano de Gobierno, lo que acaba Ud de decirme, y que sobre la declaración de Ud voy yo a poner el decreto que la gravedad del caso demanda »

Rivadavia tomó la campana y ordenó que se llamara al secretario Benerra Pueyrredón se desconcertó completamente; se quitó el sombrero quedó caído y trémulo. Rivadavia aprovechó el momento para tornarle a la razón, por persuasiones, y en esto estaba, cuando se sintió alto clamoreo en el patio del Puente, y muy luego inmenso tropel que, entre rivas a la fatua, invadió el despacho del gobierno, abriendo las puertas de golpe.

En el edecán Lamodio, seguido de muchos huérfanos, que venía a anunciar la prisión de Alzaga y el nudo de la revolución descubierta en las averiguaciones de Chi-elana; Pueyrredón se desconcertó al punto que Rivadavia, en medio del gentío, se le acercó con sigilo y le aseguró que nada de lo ocurrido saldría de aquel recinto. Pueyrredón, curado de su error, ayudado desde entonces al Gobierno, mientras se halló en él.

Colonia Vazquez. Delartamento Colón
 Escuela Nacional N.º 33.
 Haidée Torquiza.
 Sacada de la revista "El Tabaco".

Fabulilla (1).

Erase un boricu,
 Burrísimo siervo
 Del amo que a falos
 Re molía los huesos
 Moño de sus desdichas
 Miadado el cielo,
 Por raro camino
 Le quitó su dueño.

A los racionales
 Imitar queriendo,
 He un turo ganas
 Hombre de provecho.

I viéndome solo
 Con gentil demudo,
 Arrojé la albarda
 Patéala luego.

Abaldie al tirano,
 I con juramento
 Afirma que nunca
 Le doblará el cuello.

"No serán mis hijos,
 "Exclamaba muy hueco -
 "Esclavos de nadie
 "Ni aun por pensamiento,
 "Aunque me costara
 "Perder el aliento.
 "He de asegurarse
 "La dicha a mis nietos.

"Cuando vean los males
 De que les preservo:

"¡Cuidadas bendiciones

"¡Darán a su abuelo!

"¡Andar en la noria!

"No, no andarán ellos:

"I cargar con todo,

"Carguen los borregos!"

Así el sobrecillo

Diciendo y haciendo,

Consiguió librarse

De mil tramulos.

Pero no por mucho.

Por muy poco tiempo

Cuando meo piensa

Cata ya su dueño.

Carieu, disimulando

La resentimiento

La conducta aflande

Del animalajo.

Hasta que con maña

Le trae a su seno,

Le enfrena la boca,

Le cincha el colto.

¡Y él se imaginaba

Libre aun con esto!

¡Vaya! Siempre el burro

Ha sido muy lerdo.

Mas despues que el año
 le tuvo sujeto
 Sobre sus lomos
 Recargaba recio,
 De su mala suerte
 Conoció lo acerbo,
 Cuando ya la cosa
 No tenía remedio.

" ¿He sido muy burro
 " - Decía el sumo-
 " En taimados zorros
 " Mei bondad cayendo.
 " ¡Ay de mi infelice!
 " ¡Ay de mis hijos!
 " ¡Por qué dar no supe
 " Dos coces a un tiempo! "

Or. Extracto de la Gaceta de P. S. A. del 6 de diciembre de 1815

Fábula

- Escúchame, for Belcebú,	porque en conciencia creía
todo, todo me va mal.	de que mucho trabajaba.
- No te lamente, Pascual,	Un año que ello le oyó
hay quien sufre más quieto.	díjole con triste acento:
- ¡Bah! difícilto, José,	- ¡Ah! lo que es ser descontento!
que me puedas superar.	Necio... más trabajo yo.
- Atiende te he de contar	Pues, José, en cuestión de penas
una fábula que se.	opino, y nada me arguyas,
Poniendo se lamentaba	que cada cual ve las suyas;
un caballo cierto día.	pero jamás las ajenas.

— Torencio Priarte

Colonia Vaquer, Departamento Colón
Escuela N.º 33.

Haidel Urquiza.

Vidalitas

Ven, quitárra m' a,
vidalita,
dulce compañera,
que a llorar me ayudas
vidalita,
las penas más negras.
Ven a mí un momento,
vidalita,
y calma las ansias
del que vive amando,
vidalita
y sin esperanza.
Elige el acento,
vidalita
más melisoso y ríste
para cantar trufas,
vidalita
que el alma me dicte.
Si antes junto a ella,
vidalita,
tu son armonioso
alegraba el fago,
vidalita,
y éramos dichosos.
Hoy, quitárra m' a,
vidalita,
golpearás los ecos
llenando el espacio,
vidalita,

de tristes lamentos.
La que era mi dicha,
vidalita,
mi sola esperanza,
sin causa falante,
vidalita
me ha herido en el alma.
Mi rancho vacío,
vidalita
sepulcro parece,
desde esa el, mi china,
vidalita
albergue no tiene.
Se fue a las ciudades.
vidalita,
soñando esperanzas,
que han de resultarle,
vidalita,
lecciones amargas.
Cególe el dero,
vidalita,
de gres fictivos,
que matan el alma,
vidalita,
llenando al sentido.
Quiada tau solo,
por la inexperiencia,
profuso a las sopias,
vidalita,

caricias apenas,
 Presumi la ingrata
 vidalita
 que allá en las ciudades
 más puro cariño
 vidalita
 habrán de brindarle.
 Pero, ignora, ella,
 vidalita
 como el hombre, paga
 a la que, inocente,
 vidalita
 cree en sus palabras.

No hay rama en el campo,
 vidalita
 que florida esté,
 toda son desdichas,
 vidalita
 desde que él se fue.
 Sabonita mia
 vidalita
 eleva tu vuelo,
 ya ese cruel ingrato
 vidalita,
 dile que me muero
 La no hay más remedio,
 vidalita,
 que sufrir la carga,
 aguardando el pero,
 vidalita
 de nuestra desgracia.
 Una falomita
 vidalita,

Mientras ella busca,
 vidalita,
 lo que no es hallable,
 a tu acento imbrime,
 vidalita,
 las notas más graves
 de la el mundo entero,
 la vida vidalita,
 la fiera tirana
 que dió a mis caricias,
 vidalita,
 mi prenda adorada

¡ay! que yo creí,
 se junto con otra,
 vidalita,
 me dejó - se fue.
 Que muerte tan negra,
 vidalita,
 tiene el arcautino,
 lo condena al pobre,
 vidalita,
 y lo salva al rico.
 Me pasan las noches
 vidalita
 sin tener consuelo,
 bajo la enramada,
 vidalita,
 pensando en mi dueña.
 Quédeme pastores,
 vidalita,
 donde la hallare,
 sin lo que es mi vida,

Vidalita,
 ya no vive.
 En el campo mora,
 Vidalita,
 mora la torcaz,
 porque vive errante
 Vidalita
 en la soledad.

El manso arroyuelo,
 Vidalita,
 que en espejo que,
 cegado de penas,
 Vidalita
 dejó de correr.

Pudo que te guste mi amante bien.
 No hay un dulce día,
 Rapiditas las horas pasarse ven.
 Sobre suerte 'mía.

Alma de mi alma la blanca flor.
 Que al partir me diste,
 Se inclinó abatida,
 Perdió el color, va muriendo triste

Tanto esta tristeza de su pesar
 Tan amargo el llanto,
 Que con el regarla fuera matar,
 La flor de mi encanto.

Vuelve ¡oh vida y trae para la flor
 Agua de la fuente,
 Ya ese blando riego flor del amor
 Se alzará sonriente.

Colonia Vazquez, Departamento Colón
Escuela Nacional N.º 53.

Haidé Berquiza
Roberto Levillier.

Los indígenas.

Costumbres de los quichuas, de los guaraníes y de los fam-
pas.

Los quichuas eran bajos y de una anchura de estal-
das y de pelos enormes y desproporcionada. Su rostro era
anchuro, deprimida la frente, grande la boca desmesu-
radas las mandíbulas y larga y muy ancha en su
base la nariz. El aspecto de todos era feo.

Su expresión era grave. Aunque en los entrete-
nimientos más infantiles, fue incluso en los momen-
tos de más sincera alegría, se mostraban taciturnos y fríos. Su música era sombría y sus danzas
lentas y acompasadas.

Derivado por su instinto de conservación a es-
crutar la naturaleza, para prevenir y preservarse
de sus accidentes que estos, poseían un conocimien-
to intuitivo y práctico de sus leyes. Les era percepti-
bles y familiares las relaciones entre los fenómenos
más complejos de la vida física; sus sentidos po-
seían una maravillosa agudez.

En luchas constantes con los españoles, fueron
más las veces que tuvieron que resguardarse que
aquellas en que tomaron la ofensiva. Esta cir-
cunstancia acentuó su cautela y desconfianza.
"Los indios daban de todo. Si a uno de ellos, ins-
tuido en la religión, se le preguntaba si Jesucristo
está contenido realmente en la hostia consagrada,
contestaba: - Así será. Si se le preguntaba si le pau-
robado mil buecos, contestaría, aunque no haya

poseído nunca ninguno: - Así será.»

eran agricultores y pastores.

«eran valientes, industriosos y susceptibles de amoldarse a la vida social. La embriaguez era un vicio muy generalizado en ellos y hasta las mujeres participaban de él. Por fermentación y colimiento sacaban de la algarroba y el maíz, tan copiosos en su territorio, un brebaje cuyo efecto era tan pronto como temible, y lo tomaban con tanto exceso en sus convites, que caían en un estado de furor y demencia. Su traje era una especie de túnica de lana de alpa paco, que tenían de varios colores. Usaban cabello largo, que dejaban caer en trenzas sobre sus hombros. Eran nómadas y trasladaban con mucha facilidad sus chozas de paja de un punto a otro del valle, sin establecerse en ninguno. Adoraban el trueno y el rayo, a quien tenían consagradas unas pequeñas casas, que adornaban interiormente con varas teñidas con sangre de animales y cubiertas de plumas de varios colores. Tenían también otros ídolos que designaban con el nombre de caella (rostro), y cuyas indígenas traían consigo en la mina de cobre. Tal era su confianza en esos amuletos, así como en las varas emplumadas, que las ponían en sus casas, en sus chacras, en sus pueblos para preservarles de los meteoros, de la epidemia y de la langosta. En las estrellas más relumbrautes veían las almas de sus próceres (turack) difuntos, que al tiempo de morir se transformaban en astros. Los hombres vulgares y los mismos «alpa paco» no eran excluidos de esas apoteosis, y también se les mandaba probar el firmamento.

«Los calchaquies se preparaban a la guerra con

muchas ceremonias y supersticiones, una de las cuales era enarbolar sus armas con el junco de la cizana, que en su idioma llamaban escora, y a la que atribuian la virtud de acobardar a sus enemigos por más que los desengañase la experiencia conservaban las tradiciones de sus antepasados.

Los guaraníes sufren con increíble paciencia las intemperies, la lluvia, las picaduras de los insectos y el hambre; pero al detenerse para comer se indemonizan con exceso del tiempo perdido. Son lentos, sencillos, muy resistentes en los dolores y enfermedades, y no se quejan nunca.

Quando se sienten muy enfermos y están acostados en una hamaca o en una red suspendida, hacen poner fuego debajo y no quieren ni hablar, ni que se les hable y tomar nada. Quieren sin sentir la menor inquietud por lo que dejan en el mundo. Del mismo modo ven morir o matar a otra persona cualquiera, sin manifestar compasión, y les he visto marchar al sacrificio con igual tranquilidad que si hubiesen ido a casarse."

El guaraní es de color amarillento, de formas macizas y de una estatura media de 1 m. 62 distinguiéndose de los Guichirías por sus rasgos apesadumados y su dulce fisonomía. Tiene la cara redonda y llena, delgados los labios, corta la nariz y estrechas las fosas nasales; sus ojos eran oblicuos y sus pómulos poco salientes.

Azara dice: "La expresión de su rostro es sombría, triste y abatida; hablan poco y en voz baja siempre, sin gritar y sin quejarse; su voz no es nunca fuerte y sonora; no ríen a carcajadas, y jamás se observa en su rostro la expresión de una pasión cualquiera. Divinidades, recompensas, leyes, casti-

gos y obligaciones no existen para ellos. Jamás miran de frente a la persona con quienes hablan. Las mujeres se casan muy pronto, a los diez o doce años, por lo general, y los hombres algo más tardíamente; desde entonces forman una familia aparte.

“Todas las tribus restantes les inspiran un terror fanático; nunca guerrean, ni tratan con ellas, incluso para pedir la paz, evitando siempre su presencia.

Sus armas consisten en un arco de seis pies, flechas de cuatro y medio, armadas de una punta de madera dura, y una macana o bastón, de una longitud de tres pies y más grueso por un lado. Marchan siempre a pie, pues no poseen caballos ni animales domésticos de ninguna clase.

“Cada grupo u horda tenía, como lo tiene aún, un capitán o cacique, cuya dignidad es generalmente hereditaria, y al cual profesan de ordinario cierta consideración, sin poder decir la causa. Pero jamás se observa alguna diferencia entre el cacique y los demás indios, en lo referente a la labita, croch, indumentaria, insignias o señales distintivas. Está obligado a trabajar como otro cualquiera, sin recibir tributos.

“Estos indios consideran la rapina como una prueba de habilidad. A eso no le llaman robar, sino tomar, y cuando se trata de rebautos, conducen-

Divididos en hordas, los indios fampas vivían a grandes distancias unos de otros. Ningún pueblo que tan traidor y cruel. Atacaban los poblados cristianos, mataban a los hombres, prendían fuego a las casas, y se llevaban consigo mujeres, niños y ganados.

Vivían en tendas de cuero. Hombres, mujeres, niños y animales domésticos comían, dormían y se reproducían en esas habitaciones primitivas.

Los indígenas (conclusión)

La frente de los jampas es ligeramente convexa; la cara es allastada y larga. Generalmente tienen la nariz corta y allastada. Sus ojos son casi horizontales; todos tienen los pómulos muy salientes, muy grande y abierta la boca y gruesos los labios.

Los jampas han multiplicado esas divinidades, que, según ellos, presiden los destinos de cada familia indígena creada por ellas. Tienen la denominación de tribu del tigre, del León, del Guanaco, del Arushuy y de otros animales. Creen ellos que esas divinidades tienen sus habitaciones separadas en grandes cuevas debajo de los lagos, bajo las colinas, y que cuando muere un indio, va su alma a reunirse con la deidad que preside los destinos de su familia, para gozar con ella de la suprema felicidad de una eterna embriaguez.

Creen que sus divinidades benéficas han creado el mundo, que crearon a los indios en sus cuevas y les dieron para combatir y cazar, la lanza, el arco, las flechas y las bolas de piedra. Creen, de igual modo, que los dioses de los españoles obraron de la misma manera con éstos y que, en vez de arcos, les dieron fusiles y espadas.

Tienen la creencia de que, al ser creados los cuadrúpedos, los pájaros y los insectos, los más ágiles salieron primeramente de las cuevas que servirían de talleres a los grandes fabricantes; pero los toros y las vacas salieron los últimos, y asustaron tanto por sus cuernos, que los hombres taparon la entrada de las cuevas con grandes piedras. De este modo explican su carencia de ganado negroante, de que los españoles lo llevaron. ese pueblo había dejado abiertas imprudentemente las cuevas.

Creían que algunos de ellos vuelven a esas cuevas divinas después de su muerte, y dicen que las estrellas son los niños vidios y que la vía lactea es el campo donde esos niños echan aves truces.

Creían en un espíritu del bien, denominado "Vida Ouinetrou", y en el espíritu del mal o "Tsatichu".

Sus solas ceremonias consistían en el casamiento y la inhumación. No practicaban culto ni tenían sacerdotes, pero abundaban los hechiceros de ambos sexos.

La profesión de adivino, es, sin embargo, conprometida, a pesar del respeto de que pretenden rodearla, pues ocurre a veces que algunos de esos adivinos son ejecutados cuando muere un cacique, sobre todo si tuvieron alguna disputa con él pocos días antes, por que los vidios atribuyen entonces la muerte al mago o a sus demonios.

Esto ocurre también en los casos de enfermedad epidémica, cuando perecen muchas personas víctimas de ella. Habiendo sido casi aniquilados los chechehets por la viruela, el cacique Camgapol ordenó la muerte de todos los adivinos, para ver si por este medio cesaba el mal.

La poligamia, aunque permitida, se convirtió de hecho en una prerrogativa de los jefes. Los indios poseían rara vez más de una mujer, pues fueron objeto de cambio con otros valores, como armas o ganado, y llegaron, pues, a cobrar gran valor.

Las fampas son muy activas y humildes para con sus maridos, sufriendo, sin quejarse, todas sus exigencias. En los cambios de residencia son también las mujeres las que se cuidan de transportar todo lo necesario. Ellas cargan los caballos, enjaquean el de su marido y luego el de ellas, en el cual montan después con tres o cuatro criaturas. Soltan el ganado y le hacen mal

char adelante, valiéndose de la lanza de sus "señores y dueños", los cuales, montados en sus mejores "fletos", sin más carga que su lazo y sus boleadoras, se abandonaban por el camino al placer de la caza, sin parecer preocupado por ni mucho de su familia, cualquiera que sea el camino que sientan por sus lips.

Al llegar al punto donde se dirigen, son también las mujeres las que descargan las cabalgaduras y cubren a colocar en su vida la tienda de campaña, bajo la cual van a abrigarse sus maridos, mientras que ellas les preparan la comida.

Esos indígenas errantes no se unían a ningún trabajo regular. No tenían leyes ya veces ni jefes siquiera, cada familia formaba un grupo aislado reuniéndose la tribu para las guerras de defensa o para realizar sus incursiones contra los cristianos.

Los famapas se hallaban frecuentemente en relaciones con las tribus vecinas, y aun a veces con los españoles, donde gustaban proveerse de artículos como el aguardiente, el mate y el azúcar. Facilitaban en cambio, lanas de avestruces, sal, cueros y objetos preparados por ellos, consistentes en ponchos, lazos, riendas y boleadoras. En estas relaciones mostraban una avaricia, una sutileza y una falsía, mayor que las de las otras tribus. La inversa de estas, ellos vivieron sin leyes y sin amos que les mandasen, siendo siempre feroces y orgullosos, independientes y crueles. Trataban con los españoles de potencia a potencia y se mezclaban a ellos en una proporción limitada por la fuerza, sea como prisioneros o por su propia voluntad.

Colonia Vázquez, Delantamiento Colon.

Escuela Nacional, N.º 33

Paideé Urquiza

Roberto Leichter

cosmogonia

Los indios pampas creían en un espíritu del bien, denominado "Vita. Cuenehou" y en el espíritu del mal o "Pua-lichu".

Creían también en otras divinidades que según ellos, presiden los destinos de cada familia india creada por ellas. Tienen la denominación de tribu del águila, del león, del guanaco, del arastrog y de otros animales. Creen ellos que esas divinidades tienen sus habitaciones separadas en grandes cavernas debajo de los lagos, bajo las colinas, y que cuando muere un indio, va su alma a reunirse con la deidad que preside los destinos de su familia, para gozar con ella de la suprema felicidad de una eterna embriaguez.

Creían que sus divinidades benéficas han creado al mundo, que crearon a los indios en sus cuevas y les dieron, para combatir y cazar, la lanza, el arco las flechas y las bolas de piedra. Creían, de igual modo, que los dioses de los españoles obraron de la misma manera con éstos, y que, en vez de arcos les dieron fusiles y espadas.

Tienen la creencia de que, al ser creados los cuadrúpedos, los pájaros y los insectos, los más ágiles salieron primeramente de las cuevas que servían de talleres a los grandes fabricantes; pero los toros y las vacas salieron los últimos, y asustaron tanto por sus cuernos, que los hombres taparon la entrada de las cuevas con grandes piedras. De este modo explican su carencia de ganado negro antes de que los españoles lo llevaran: el pueblo habría dejado abiertas,

imprudently las cuevas.

Quisau que algunos de ellos vubren a esas cuevas divinas después de su muerte; y dicen que las estrellas son viejos indios y que la n'a la'clea es el campo donde esos viejos cagan arastuces.

Colonia Vargas Departamento Bolívar
Escuela Nacional N.º 33.
Gaudí Uraguía

Supersticiones.

Los calchaquies se preparaban a la guerra con muchas ~~creencias~~ supersticiones, una de las cuales era enarbolar sus armas con el junco de la cigaña, que en su idioma llamaban cora, y a la que atribuían la virtud de acobardar a sus enemigos por más que los desengañase la experiencia.

Colonia Vargas, Departamento Colón
Escuela N.º 33.

Soledad Urquiza.
Roberto Levillier

Supersticiones

Los Quichúas adoraban el trueno y el rayo, a quien tenían consagradas unas pequeñas casas, que adornaban interiormente con varas teñidas con sangre de animales y cubiertas de plumas de varios colores. Tenían también otros ídolos que designaban con el nombre de caella (rostro), y en las indígenas traían consigo en láminas de cobre tal era su confianza en esos amuletos, así como en las varas emplumadas, que las ponían en sus casas, en sus chacras, en sus pueblos, para preservarlos de los meteoros, de la epidemia y de la langosta.

En las estrellas más relumbrantes veían las almas de sus próceres (kurak) difuntos, que al tiempo de morir se transformaban en astros. Los hombres vulgares y los mismos calpha faco no eran excluidos de esas apoteosis, y también se les mandaba poblar el firmamento.

Colonia Vazquez, Departamento Colón.
Escuela Nacional N° 33.
Ba del Orquiya.

Cómo compró casa Sarmiento

Don Manuel Ocampo - dice el biógrafo del ilustre autor de Guando - era el hombre de negocios del Presidente Sarmiento. No es que hiciera operaciones lucrativas, cosa que nunca les hubiera ocurrido, sino que Don Manuel sobraba el sueldo y llevaba cuenta de sus gastos, negando todo pago de cuentas, exonerando de pro-veedores que explotaban la situación y llevaba su solicitud hasta protestar todo giro que respondiera a un gasto mal justificado por el interesado.

Al bajar de la presidencia, Sarmiento alquilaba en \$ 500 una casa de la calle Arce donde Don Manuel lo visitaba todos los días, como lo hizo hasta la muerte de su amigo. Después del comentario del día Ocampo lanzaba invariablemente esta declaración: - Sarmiento, vivía Ud. en casa propia.

El interpelado repunfuntaba y sólo acosado por la insistencia, se enojó de veras, creyendo que se trataba de obsequiarle una casa; ¡prefiero irme, a morir de fastidio en mi vieja casa de San Juan antes que recibir de nadie regalos!

- No se trata de regalos. Compre una.
- ¡Qué compre casa! y ¿con qué?
- Sus ahorros en mi poder le alcanzan.
- No embrome, Don Manuel....

El hecho es que, cobrando una suma que Sarmiento abridaba haber prestado había para comprar una casa bastante buena.

Estaba en venta una en la calle Guayo, muy apropiada;

Los corredores, sin dar el nombre de vendedor y comprador, comunicaron 28,000; pero al escriturar, se encontraron en presencia, don Emilio Dupontal, que vendía y Sarmiento que compraba, y surgió una grave dificultad. El señor Dupontal protestaba contra la ocultación del nombre del comprador, y exigía rebajar el precio a 20,000 redondo, alegando que era el valor intrínseco de la casa y que no era posible de realizar una ganancia a expensas de un gran patriota desinteresado.

Sarmiento agradeció en lo que valía tan honrosa lidalgua, pero era inflexible en cuanto a negar toda la diva de quien quiera que iraquiel y que solo ante el riesgo de no decaile escapar la ocasión a Sarmiento, que Dupontal consintió al fin en escriturar por el precio convenido por los corredores.

FOJA EN

BLANCO

Colonia Vargas, Departamento Colón
Escuela Nacional N.º 33.

Haidee Berquiza

Anécdotas

El fogoso doctor Quintana, interrumpido:

Durante el ministerio de Sarmiento, el doctor Manuel Quintana ocupaba una banca en la Cámara de Diputados, y ocurrió una interrelación, durante la cual el espíritu trío no tomó la palabra para combatir a Sarmiento en forma brillante, feroz acérrima. Sarmiento escuchó imperturbable la descarga de dicitivos que le propinaba Quintana. Cuando éste concluyó, el gran ministro llamó a un ordenanza.

— Tráeme un vaso de agua.

Cuando tuvo en su mano el vaso, levantó el brazo al tiempo que, con voz sonora y clara, dijo:

— ¿Ve, el señor diputado, este vaso de agua pura, transparente y sin impurezas?... Esta agua, que cabe en un vaso, es mansa y pura. Pero el agua que baja en torrentes, arrasándolo todo, para fecundar las campiñas, claro, señor diputado, que es fuerte y lleva por delante cuanto encuentra; por que es torrente caudaloso....

La Cámara irrumpió en delirantes aplausos, a la bella figura con que el formidable Sarmiento destruyó el argumento de una hora.

Anécdotas de Quiroga

Después de la batalla del Peñón, había publicado un bando en Tucumán llamando a todos los vecinos que habían emigrado, amenazando con la pérdida de sus intereses a los que no volvieran. Presentaron el todo, entre ellos, el coronel Murga, que me había acompañado hasta San Carlos, y mi tío el doctor Araoz, cura y vicario de Tucumán.

Guiroga preguntó al primero por qué recién venía y no se había presentado antes.

Aquel sabiente y comedido tucumano le contestó (presentándole al mismo tiempo un sable): — Lo que quise cumplir con el primero de mis deberes, acompañar a mi jefe y ponerlo en salvo; he cumplido ya con él, y ahora vengo a ponerme a las órdenes de V.

Guiroga, al verlo, le dió un abrazo y le dijo: — Bien vale su sable, que ahora es un amigo. Así deben ser los hombres.

Una anécdota del doctor Maziel.

Fue siempre, desde niño, notable por su despejo y agudeza, el insigne santafesino el doctor Juan Baltasar Maziel. En el colegio Salesiano de Soanerrat del cual fue descolante alumno, contábase de él una anécdota, chispeante; el obispo, que supo su fama, deseó conocerlo personalmente, y para realizar su deseo, presentóse un día en la clase de teología, donde Maziel se hallaba. Una vez en el puesto de honor, en la mesa formada por varios catedráticos, el obispo invitó a los alumnos a que se sentaran, invitación que aceptaron todos, menos el forense Maziel; notando esta deferencia, ordenó al alumno que tomara asiento, a lo que éste agregó:

- No lo haré, Ilustrísimo Señor Obispo, mientras Vuestra Señoría permanezca en esta sala.
- Yo estoy en mi casa y hago lo que quiero; con que tome usted asiento.

Maziel, imperturbable y cual si no sintiera la ironía que aquellas palabras encerraban, ni hiciera caso alguno a las miradas de sus compañeros sorprendidos, tomó posesión de su asiento.

El interrogatorio continuó en seguida, teniendo por tema la presencia de Piz en toda parte. Como cuerpo la discusión, haciendo obispo y estudiantes

gala de argumentación y razonamiento enredados. Admirábase todo de que el obispo no dirigiera preguntas al más aventajado de los alumnos, a Bazil, que como reconcentrado en sí mismo y cual si su pensamiento volara lejos de los sonidos claustros, permanecía en su asiento, indiferente al acto, sin llamarle la atención el cambio de palabras a que la discusión daba lugar. Pero en un corto intervalo de silencio, en que no se oía ni el ruido de una voz, tomando la elación del debate, el obispo se dirigió repentinamente a Bazil:

— ¿Qué hará Dios en el cielo, señor?

Y tan súbita como ella fue también la respuesta del interpelado, que poniéndose de pie, devolvió con admirable varage y a la vuelta:

— Dios está en su cara - contestó - y hace lo que quiere, Ilustrísimo Señor.

Obispo, catedráticos y alumnos, prorumpieron en estrepitosa carcajada, mientras Bazil, parado en su sitio y sin dar muestras de la menor turbación, miraba impassible la hilaridad de los circunstantes.

La Herida de Nitze.

El día 2 de junio de 1853, el coronel don Bartolomé Nitze jefe de Estado Mayor del Ejército de Tlaxcala, salió de la ciudad para batir al enemigo, que estaba en la confluencia.

Comenzada la lucha, observaba Nitze el nutrido fuego que sus guerrillas hacían a los confederados, reagrupados en una fanja abierta a unos 200 metros del lugar en que el coronel se hallaba.

De pronto, vieronle sus ayudantes que caía sobre el caballo, desmordando luego, cubierto de sangre.

— Estoy herido, y quiero morir de pie, como un romano!

que la voluntad que dio a las preguntas a que aquellos le hicieron al rodearle silenciosamente.

- ¿Deo cui tergo? - dijo a don Felipe M. de Escobar, vacándose el quepis.

Escobar halló una herida de bala en la parte inferior de la frente; lo examinó como podía hacerlo un profano en medicina y contestó.

- ¡Es nada!

- Sin embargo, la sensación que experimento es como si tuviera adentro un proyectil - Dijo solemnemente Mitre.

Limpiado ligeramente el rostro por algo restañada la sangre, quiso Mitre montar de nuevo a caballo, a pesar de considerar desde el primer momento que la herida era mortal; pero le faltaron fuerza y tuvo que desistir de su propósito.

Cuando el capitán don Gregorio Carreras comunicó el accidente al general Paz, ministro de la Guerra del Gobierno Político, este hombre de temple glacial y de fe inquebrantable, no pudo ocultar su desagradable impresión - ¿Es grave la herida? - preguntó.

- Dícen que es de muerte, - fue la respuesta que escuchó. El ministro, desalentado, se dejó caer en un sillón y murmuró hondamente afectado.

- ¿Habría preferido perder la mitad del ejército, antes que el coronel Mitre!

Contestación sublime

En el sangriento asalto que los soldados argentinos llevaron a la trinchera del Potrero Lince, el 18 de Julio de 1866, el primero que puso los pies en la disputada posición fue el capitán del batallón San Juan, don Lisandro Sánchez, seguido del soldado Santiago Quiroga.

Inspirados por tan bravo ejemplo, toda la compañía sanjuanina y otra del regimiento de Córdoba,

Anecdotas

Contestación sublime (continuación).

escalaron el terrible obstáculo.

Animaba a sus cordobeses el capitán Pedro Losa, cuando una bala cortó su vida, casi en el mismo instante en que rendía la cruz el que primero holló la trinchera el bravo Pascual Sánchez.

En medio de aquella carnicería y de aquel desesperado balallar, murió al pie de la trinchera el abanderado del 2.º de Entre Ríos; el sargento Blasius Eguen, un verdadero niño, la levanta en alto y escala la botella, gritando a sus camaradas: — "¡Ligarme, si son hombres!" — "¡Cal injuria no quedo' sin recoger. Con miliciano le contesta, airado:

— "¿Se hemos de seguir y aun lo hemos de favor, sargento... ¿Acaso usted no más es argentino?"

Para sostener esta frase de insubordinación sublime, provocada por la duda del superior, el bravo miliciano se lanza adelante; tras él fueron otros, y al fin todos.

Un carácter

El gobernador de Córdoba, doctor José Roque Sances, para combacer a los cabecillas federales, inició su administración persiguiendo a los que habían sostenido y acompañado una de sus primeras medidas consistió en aprisionar a los malquistos de la reacción caudillesca, alegando que en la cárcel estaban a salvo de toda violencia, de posibles atentados. Con tan especial pretexto, vieronse privados de su libertad don J. Julián Martínez, don José M. Fraqueiro, el provincial Parte, los padres Malbrán y Sauti Bates, los dos Agüero, y con ellos, los principales comerciantes, los más eminentes juriconsultos y los varones de mayor significación social.

Entonces, vióse a un anciano y respetable clérigo, el doctor Echenique, dar una gran prueba de dignidad y entereza de carácter.

Quedaba diariamente en la cárcel, y permanecía en ella todo el tiempo que le era permitido.

Entregado el gobernador en el proceder, hizo que uno de sus ministros averiguase el por qué de el obediendo del digno sacerdote esta última y valerosa respuesta.

- Quiero estar en la cárcel, por que es un lugar de honor, desde que está allí lo mejor y más principal de mis concidudadanos.

Un abrazo de Sarmiento.

Una Comisión de estudiantes fue a hacerle un pedido al Presidente Sarmiento, de la que formaba parte el santiaqueño Manuel Grootjens, de quien el Partido Nacional y muy distinguido argentino.

Después de atender al pedido de los estudiantes, Sarmiento habló de muchas cosas, concluyendo por hacer la crítica, en forma mordaz de la situación de una nación vecina; llegando a decir aquella frase celebre: "Los pueblos siempre tienen el gobierno que se merecen".

Manuel Grootjens se adelantó hacia el presidente y en tono enérgico y revoltoso, le contestó:

- Puede ser Sr. Presidente, pero también los pueblos son responsables de los gobiernos que tocan.

Sarmiento lo miró atentamente y ensortado de la audacia del muchacho le dijo: - Ven acá, - y le dio un fuerte abrazo.

Se selló entre aquellos dos hombres ilustres una amistad que habrá de ser muy sincera en el porvenir.

**FOJA EN
BLANCO**

Colonia Vazquez, Departamento Colón
Escuela Nacional N: 33
Huidelbrunza

41

Exabaleguas.

En un campo de aserim
hay un potrero potranguin
crespa la cola crebla la crin
crespa el potrero potranguin.

Don Leo chico rico
inventaba como un loco
a su tío Federico
Este dijo loco... a loco
Don Leo chico rico.

María Chuzena, su choza techaba
y un techador que atento la escuchaba
le dijo, - ¿Que haces María Chuzena?
¿techas tu choza o techas la agena?
- No techó mi choza ni techó la agena
yo techó la choza de María Chuzena.

Para bailar me quito la capa
porque con capa no puedo bailar
y bailando se me pongo la capa
porque sin capa no puedo bailar.

Pedro Puy pintor prudente.
pinta puertas paisajes preciosos
porque precisa llanta
para parecer por París.

Juan Quinto una vez en cuento
Contó de cuento un cuento.
'Y mi chico dijo contento
¿cuanto, cuento, cuenta, Quinto?

Colonia Viquez, Departamento Solon
 Escuela Nacional N.º 33.
 Guille Urbiquiza

Cuchos

La me llega mi Lun Burton.

Después de las contrariedades y mal tiempo llega el día de la
 satisfacción.

Si para muestra basta un botón.

Pueda significar que con el solo ejemplo o los varios que
 se tienen a la vista, está probado suficiente mente
 la verdad de un hecho.

Pasar todo como en el mejor de los mundos

Pasar todo tranquilamente, no ocurrir novedad alguna
 No es la vida la bata e fotos.

No a entender que hay fapeles u ocupaciones para
 las cuales carecen algunos de aptitudes.

Las papas quemar.

Tomar un carácter peligroso, un asunto o cuestión,
 estar a punto de resolverse por un choque violento
 entre las partes interesadas.

Échar un farrapo.

Conversar amigablemente sobre varias cosas por diver-
 sión y entretenimiento.

Pasa de castaño oscuro

Exceder los límites de lo regular, razonable o justo.

Hacer pata ancha

Resistir, hacer cara a un peligro resueltamente

No te la des de pata a ganso

Profasarse.

La gran ferra

Impaciencia y fastidio.

Había montado el picazo

Enofarse

So una buena pieza
Se un cachafaz
No se me importa un pito.
No se me importa un conino
Gastar holvora en chimauso
Dar una cosa a quien no lo merece.

A buen puerto vas por tierra
No existir una cosa donde se la busca.
El que quiere celeste que le cueste
La persona de desee alguna cosa tiene que su-
birlo todo con resignacion.

Bombardear con ruedas de carreta
Creer las cosas más inverosímiles o los mayores dis-
parates.

Se me dio vuelta la taca
Darse vuelta o cambiarse la suerte.
No se parece ni por las tafas
 Haber entre ellas completa semejanza.
Dije para mis adentro
Se aguar consigo mismo
Agapito, date corte
Diré para notificar al que se da importancia.
Par en el blanco
Acertar.

Al divino botón
Al divino cohete
Meterse en camisa de once varas
Meterse en asunto que no le importan.
Se le hizo el campo orejano.

Hallar fácil una cosa.
Cantar p' al carnero
Estirar la fata.

Morir
Pa cuna para ser buena ha de ser el mienno falso

expresa que de ordinario ninguno es leor para el
 amigo que el que ha sido amigo, confidente.

No se chupo el dedo.

Cuando no se crea una cosa

Don donde el diablo perdió el poncho.

Se refiere al lugar donde va a dar una persona
 que se extraña.

Nunca es tarde cuando la dicha es buena

Es preferible un bien tardío a su indefinida privación

Poner uno la prueba al canto

Hacer evidente una cosa

Sobre el pucho.

En el acto.

De malas pulgas

Dícese de la persona que se enoja con facilidad

Tomarse de punta

Enemistarse con otra persona

Le pusieron la cabeza como tarumba

Atolondrar a una persona confundible.

A troche y moche

Sin oja, sin medida y sin consideración

Puro y paurejo

Fuerte y sostenido

Aquí te quiero ver escopeta

Que da a entender su llegada el caso apurado de
 vencer una dificultad

Perder las estriberas de la paciencia

Impacientarse

Da gran flauta

Devota admiración o sorpresa

Te has fundido

Arruinarse

Se apretó el govo

Heuir, correr

Estar en guardia

Estar prevenido con la cautela necesaria para evitar su daño

El hilo se corta por lo más delgado

Muchas veces se cometen injusticias con los pobres y desheredados de fortuna los ampuer a los que tienen influencia y poder

Mostrar la hilacha

Poner en manifiesto con palabras o acciones, alguna mala condición natural

Hacerse humo una cosa

Perdersse

Se le fue al humo

Atacar resueltamente

Al que da y quita le saca una gorrieta

Entre San Juan y Mendoga

Se le dice a una persona ebria

Se duerme en los laureles

Pasar descansadamente gozando del crédito adquirido.

El que entre lobos anda a aullar aprende

Explica el influjo poderoso q' tienen las malas compañías para pervertir a los buenos.

Con una mano detrás y otra delante

sin recursos

Por mangas o por faldas

Justa o injustamente.

Ser una buena fierna

Estar siempre de buen humor y dispuesto.

Me han robado la plata

Me han engañado.

Se la debo caperula

Colonia Vazquez, Departamento Colón
Escuela Nacional N.º 33.

Escuela Nacional N.º 33.

J. Julio Lucarell.

Quetzaltenango, 176

... I van a regresar, sin la victoria
Con sus sonarón en odiosa calma,
Cuando las fibras íntimas del alma
Vibran clamando: ¡libertad y gloria!

Corre el pueblo al cuartel; ante Bigirano
El niño y la mujer, ceden de tímidos,
Y bañados en lágrimas los ojos
Suplican protección contra el trispano.

El noche serena al medita y calla....
Mas, de pronto, su mente se ilumina
¡Y falta a la sagrada disciplina
Por vencer o morir en la batalla!

¡Sublime inspiración que en un segundo
Del marasmo arrancara a los idiotas,
Formando esa falange de patriotas
Que lleve libertad a medio mundo!

Crustán al frente de su tropa, avanza,
Pretendiendo sitiar la ciudadela,
Desplegando sus hombres con cautela,
Sedientos de botín y de matanza!

En ese instante de atrevido juego
Se lanzan los invictos escuadrones,
Que dirijan las ibéricas legiones
Al mando de Balcarce y de Borrego.

¡Con gauchos domadores que en el llano
 Han dejado sus ranchos de totora,
 Para seguir la insignia redentora
 Que en el Pasaje consagró Belgrano!

Con los tipos semineros de esta tierra,
 Nortes de corazon y de alma nobles,
 Que saben recoger son sus mandobles
 Los laureles triunfales de la guerra!

Han recogido el quante que el Triunfo
 Arrojara, retan doles a duelo,
 ¡Mientras lidian, el cristal del cielo
 Se adorna con la enseña de Belgrano!

¡Cada hombre es un león, ágil y fuerte,
 Que despierto sacude la melena,
 Y rompe del esclavo la cadena
 Para sembrar en derredor la muerte!

Sangurienta fue la lid!... ¡el paisanaje
 Tenga la miera esclavitud y el crimen!
 ¡Braman los lotos y los fellos aminor
 De belio entusiasmo y de cordaje!...

Mas... ¿quien vence a los incritos de Albays
 Si cargan con violencia de huracanes
 Leu sus brazos invictos de titanes
 Bienen la fuerza y rapidez del rayo?

¡Antes, farad el golpe del fampers
 Cuando ruga pantera aprisionada
 En el cubil de la estension callada!...

Y el rancho y el ombú destroza fiero!...

Luzo Cristán a Salta, con desprecio,
Al verse derrotado en la palestra
Por patriotas que esgrimien en la diestra
La flamígera espada del Derecho!

Y al saborear la esplendida victoria
Los atletas heroicos de Belarano,
Bautizaron el triunfo tucumano
Con el beso sublime de la Gloria!

Colonia Vazquez. Departamento Colón
 Escuela Nacional N° 33
 Raide Torquiza.

Los aborígenes.

Los Quichuas.

El pueblo quichua debía trabajar constantemente, pues la ley castigaba la ociosidad.

Si él le correspondía llevar las filas del ejército, labrar las minas, construir y reparar las obras públicas, hilar y tejer para los depósitos y cultivar la tierra.

Para la transmisión rápida de las noticias habían adoptado un sistema tan eficaz como ingenioso.

Cada cinco millas, a lo largo del camino, se encontraba una posta donde vivía un grupo de chasquis, hombres educados desde la niñez para este servicio, y de una agilidad a toda prueba.

Los conocimientos astronómicos de los quichuas eran muy limitados; sin embargo, a semejanza de los fenicios, dividían el año en doce meses lunares, cada uno de los cuales tenía su fiesta y su nombre propio y determinaban los equinoccios y los solsticios, por medio de columnas o gnomones colocados en todas las ciudades, y dispuestos de tal manera, que en los solsticios el Sol se veía sobre las dos columnas, distantes entre sí unas siete varas, tanto al salir como en su ocaso.

Para determinar los equinoccios levantaban, en una de sus plazas una columna que ocupaba el centro de un vasto círculo, cruzado de levante a poniente por un diámetro.

Cuando la columna proyectaba exactamente sobre este diámetro su sombra en dirección al mediodía, entonces sabían que estaban en los equinoccios. La luz alcanzó un alto grado de esplendor.

Cantaban en verso las hazañas de sus héroes, y expresaban los sentimientos de su alma en unas

canciones dulces y melancólicas, llamadas yaravis.

Los instrumentos más usados eran: la tumpa, especie de guitarra y único instrumento de cuerdas; la queua, a modo de flauta de vientos tristes y lígubres; el pincullo o silbato, el latibor, llamado taranca; la huayra puchura, especie de flauta muy parecida a la que se llama del dios Pan; las sonajas y los cascabeles.

La medicina estaba en un estado bastante embrionario.

Los amautas, que eran los que vejeaban; diagnosticaban según el estado de la membrana mucosa de la lengua y apreciaban el grado de fiebre no por el pulso, sino por el estado de calentura del cuerpo todo.

Como creían en la inmortalidad del alma y en las penas y recompensas los tumbos, y tenían los ciertos que los cuerpos habían de recobrar más o menos tarde de la vida, formaban unos cuerdos en conservar los cadáveres, que no se difundían al aire libre.

Los Guaraníes

Organización política. Medición del tiempo. Música y poesía. Medicina. Culto de los muertos.

La organización de los guaraníes como nacionalidad o cuerpo de nación era nula: hallábanse divididos en innumerables tribus, sin más lazo que el momentáneo que una alianza accidental establecía entre varias de ellas.

Cuando esto sucedía, sus jefes se reunían en consejo, deliberando de noche y no tomando resolución alguna hasta el otro día, después del banquete.

El pueblo aceptaba siempre lo que sus jefes trataban y les seguía a la guerra sin resistirles ni escusillo.

Los jefes de tribu era hereditarios; no así los caudillos que debían de guiarlos al combate y que eran designados en cada caso por votaciones especiales.

La autoridad de los caudillos era ilimitada; en cambio, la de los caciques era muy reducida, limitándose a dar (ejemplos) consejos y a castigar a los ladrones y a los adulterios.

No estaba muy adelantada la cronología entre ellos. Según las noticias que se tienen y los datos que proporciona el estudio de su idioma, nunca tuvieron el conocimiento claro y preciso del año, siendo de creer que a lo sumo, apreciaban su duración por la vuelta del verano y del invierno.

Algunos historiadores creen que no pasaron de la noción concreta del mes (lunación, luna), fundándose en que, si bien no se hallan en su lengua palabras que tengan sentido bien determinado referentes a las revoluciones del sol, no sucede lo mismo en lo referente a las fases de la luna.

Yaci' p'ri hua, quiere decir luna nueva; yaci' cuaquua luna creciente; yaci' obaguagu, luna llena; yaci' angaibó, luna menguante; yaci' oque, eclipse de luna.

En cuanto al día, se supone que lo dividían en ocho partes, teniendo voces apropiadas para expresar la salida del sol, el mediodía, la puesta del sol y la media noche.

Los guaraníes cuentan sus tradiciones en las fiestas que celebraban; estos cuentos, que recordaban las proezas de sus antepasados y los triunfos y glorias de su raza, no han llegado hasta nosotros.

Los instrumentos eran: tambores oblongos, flautas y cuernos marinos que usaban en la guerra.

Cuando se enfermaban, llamaban al médico, que era tenido por ellos como adivino, y cuya primera obligación era determinar cual era el causante de la dolencia.

Una vez hecha esta formalidad, examinaba al paciente y se retiraba para meditar sobre la enfermedad o para consultar con su gato.

(Continuación)

Los araucanos

también la posición que estos ocupan en su horizonte, del anochecer al rayar el alba, y los han dividido en constelaciones, a las cuales dan nombres de objetos que les son conocidos; así a la Cruz del Sur le llaman la huella del arastruz; las manchas o nubes de Magallanes son las revolcaderas de los guanacos, y Norte es el caraculo que acecha en los campos del cielo.

Con cuatro de estas constelaciones distinguen los puntos cardinales, y llaman Penken al norte; Shoniken al sur; Penoken al este y Ewenken al oeste.

Empiezan a contar el año en Septiembre y lo dividen en cuatro estaciones: la del deshielo y pasto nuevo, o primavera; la de los huesos de arastruz y era de guanacos chicos (verano); la de la grasa (otoño) y la del frío (invierno).

En la actualidad, se hallan divididos en varias tribus que reciben consejos, pero no órdenes, de algunos de sus compatriotas.

Antiguamente obedecían a un solo jefe; tomaban las resoluciones definitivas en los asuntos de importancia nacional, en consejo.

Nunca tuvieron instituciones de ningún género y han vivido y viven nómadas. Cada individuo se hacía justicia por su mano, pues al jefe solo se le consideraba como un guía para sus correrías. No tenían idea de lo que es el Estado, no prestaban servicios ni pagaban tributos.

No existe entre ellos el nombre de familia, y al recién nacido se le da cualquiera, muchas veces el de algún detalle de su físico. Así es que un indio se llamará Hoam (grasa); otro Eume (largo, alto); el de más allá por (fasto), y la hermana tendrá por nombre Ezer (aguja) o Shklake (seña tratada).

aun cuando los araucánicos están, bajo el aspecto

artístico, a enorme distancia de los guaraníes, y sobre todo de los quechuas, no por esto están desprovistos de sentimientos poéticos, y sus apólogos lo demuestran.

La siguiente composición se titula 'El zorro y el puma', y dice así: Un puma se encontró al lúido de un fajal con un zorro muy bonito. Es de advertir que éste tenía un vistoso cofete en la cabeza.

¡Qué lúido adorno llevas, amigo mío! ¿Cómo lo has confeccionado? - habló la fiera - No muy sencillamente; raspéme la cabeza con un pedernal, y luego introduje en ella las lindas plumas de avestruz. - ¡Qué admirable! Yo deseo someterme a la misma prueba. ¿Quieres tomarte la molestia de hacerlo por mí? - De mil años res: y el zorro comenzó a raspar el cráneo del puma hasta que le hubo adelgazado lo suficiente para que lo arde de un solo golpe de pedernal. - ¡Murio el puma.

No menos rudimentarias que las poéticas, son sus manifestaciones musicales.

Sus instrumentos se reducían a una especie de tambor de piel de guaraco, y al Koolo, pequeño arco de un pie de diámetro, hecho de madera flexible y con cuerda de cuerda de caballo.

Un hueso fúido, húmero de conidor, casi siempre, le servía de complemento; humedecíalo ligeramente con saliva, y mientras apurmalav un extremo del arco con los dientes y el otro con la mano izquierda, con la derecha rozaban suavemente el hueso sobre la cuerda, obteniendo sonidos tenues, que, según ellos, imitaban el vuelo de las aves, el ruido del viento, etc.

Las melodías o canciones tehuelches son de una extrema monotonía, produciendo en el que las escucha una impresión desagradable.

La medicina entre ellos estaba y sigue estando atrasadísima. A semejanza de otras tribus, el sistema curativo de los tehuelches y de todos los araucánicos, se reducía a las aplicaciones de agua fría, al masaje y a las sangrías.

Cuando estos medios no bastaban para curar al

enfermo, se apelaba, para conseguirlo a la inmolación de una yegua, a la cual el más hábil de la tribu arrancaba el corazón, girando, con él en la mano, alrededor de la víctima que se retorcia en los últimos alientos.

Después se divorcaba la carne; y la cabeza, la cola y las piernas del animal se amarraba a un palo pintado de amarillo que era clavado en una altura inmediata.

Entonces se hacía el silencio y permanecían todos en expectativa.

Si el enfermo moría, significaba que el espíritu maligno no había aceptado el sacrificio, y lo contrario, si el paciente sanaba.

Los araucánicos eran sumamente respetuosos para con los muertos.

Las mujeres, cuando quedaban viudas, se pintaban el rostro de negro, se cortaban el pelo de la frente y dejaban el resto extendido sobre la espalda, encerrándose en una tienda antigua, donde permanecían un año guardando el más severo ayuno, sin lavarse ni recibir a sus parientes, ni salir a la luz del sol.

A los jefes se les sepultaba con gran solemnidad. Así que espiraban, se les colocaba de modo que las rodillas tocasen la barba, los brazos cruzados sobre las piernas y el cuerpo sustentado sobre los talones.

Después eran conducidos por sus descendientes a la última morada, y se les sepultaba en un foso circular, junto a sus vestidos y las armas por ellos usadas en vida.

Una vez cubierta de tierra la sepultura, se sacrificaba un caballo predilecto; de este modo pensaban que el difunto podría presentarse con decoro en la deliciosa tierra adonde, según ellos, se va después de la muerte.